



Johana Connor

El secreto de la
Bestia
Oráculos I

EL SECRETO DE LA BESTIA

Oráculos 1

Johana Connor

EL SECRETO DE LA BESTIA. ORÁCULOS I.

Primera Edición Enero de 2018

ISBN-13: 978-1982050481

ISBN-10: 1982050489

© Edición, diseño y portada **Jonaira Campagnuolo**

<http://desdemicaldero.blogspot.com>

© *Johana Connor, 2018. Todos los derechos reservados.*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo del autor.

DEDICATORIA

A mi Rosa, la primera lectora de estas historias fantásticas...

QEPD

ÍNDICE.

[Prólogo](#)

[Capítulo 1. El regreso](#)

[Capítulo 2. El encuentro](#)

[Capítulo 3. La visita](#)

[Capítulo 4. Sensaciones](#)

[Capítulo 5. Dudas](#)

[Capítulo 6. El baile](#)

[Capítulo 7. Conjuro](#)

[Capítulo 8. La promesa](#)

[Capítulo 9. El enlace](#)

[Capítulo 10. La fuente del mal](#)

[Capítulo 11. Enfrentamiento](#)

[Capítulo 12. Confesiones](#)

[Capítulo 13. La piel del deseo](#)

[Capítulo 14. Cambio de actitud](#)

[Capítulo 15. El llamado](#)

[Capítulo 16. Cara a cara](#)

[Capítulo 17. Preocupaciones](#)

[Capítulo 18. El descubrimiento](#)

[Capítulo 19. Acercamiento](#)

[SOBRE EL AUTOR](#)

Prólogo

Centenares de años atrás...

Con las pieles trigueñas marcadas por las guerras entre clanes y el hambre, pisaron aquel suelo cálido. La exuberancia de la montaña los envolvió y amarró sus vidas y corazones a su centro palpitante, de donde brotaba el más exquisito maná.

Se hicieron uno con ese paraíso fértil, hasta que un día llegaron extraños visitantes que navegaban por el mar en imponentes balsas empujadas por el viento, observando con ojos lujuriosos las riquezas que cubrían el terreno. Buscaron apropiárselas, incluyendo a la vida salvaje que habitaba la zona, pero se toparon con unos guerreros enérgicos y testarudos que no dudaron en rebelarse.

Apertrechados con las armas de guerra que habían traído en sus embarcaciones y los soldados y esclavos que tenían a su disposición, los recién llegados lucharon con ferocidad por las tierras que ambicionaban, acabando con cada uno de los pueblos. Desataron una guerra cruenta, bañando a la costa de sangre, venganza y avaricia.

Ocultos en las montañas, los nativos trataron de sobrevivir, pero los invasores se apoderaban de más y más terreno, aniquilándolos. Los guerreros tuvieron que ser testigos de la pérdida de sus seres queridos, que, si no caían ultimados en medio de la lucha, lo hacían por culpa del hambre, del frío o las enfermedades. Hasta que se cansaron de huir y vagar sobre los restos de sus esperanzas y comenzaron a clamar justicia.

Con el sufrimiento de la raza como estímulo se reunieron en el corazón de la montaña, organizados en medio de un claro, con sus musculosos y macizos cuerpos formando un círculo alrededor de una fogata. Las plumas de colores que les adornaban la cabeza, los antebrazos y muslos resplandecían con los rayos del sol; y un enorme tazón de arcilla descansaba sobre el fuego, acunado entre ramas.

Los rostros inexpresivos, dibujados con los símbolos característicos de

cada tribu, esperaron el momento exacto cuando el sol se posicionó justo encima de sus cabezas para entonar cánticos con los que clamaban la intervención de la fuerza avasallante de la naturaleza, e introdujeron dentro del tazón los polvos sagrados de las creencias de sus clanes y los aceites que ungían a su pueblo. El fuego los unió y transformó la mezcla en un vapor mágico que exiliaría al espíritu de la muerte y el sufrimiento y despertaría al de la lucha y el amparo.

Los tambores retumbaron en la selva, justo cuando sacaron filosos puñales para cortarse la palma de la mano. La sangre cayó dentro del tazón y se fusionó con el caldo, sellando la alianza.

El cielo tronó como si gritara consignas de guerra y la fauna se agitó. Un fiero jaguar de ojos sangrientos quiso salir de aquel vapor mágico para rugir su ira, pero fue absorbido hacia las llamas, dando paso a otro de ojos centellantes, que se evaporó y se dirigió hacia los guerreros entrando en sus organismos a través de los poros y de las fosas nasales. Les recorrió el cuerpo, transformando sus existencias en vigorosas armas con las que consolidarían la seguridad de su gente y de sus tierras. Los volvió invencibles.

De pronto, todo se silenció. El tazón se rompió en cientos de pedazos que cayeron al fuego para volverse polvo y el temible rugido de varias bestias poderosas y llenas de furia retumbó en la selva.

Los soldados del conquistador que en ese momento recorrían la zona, se sobresaltaron al oír algo parecido a cientos de caballos desbocados que galopaban en dirección a ellos. Algunos se persignaron al pensar que el demonio había sido liberado en aquel paraje solitario, pero el líder no admitió la retirada, creyó que el sonido era una treta de los rebeldes y los obligó a esperar con las armas cargadas.

Con manos temblorosas sostuvieron las ballestas y los arcabuces, siendo testigos de cómo los árboles se agitaban y la tierra vibraba ante la proximidad de lo desconocido. Mantuvieron la mirada fija en el horizonte, sin poder evitar que poco a poco los pasos retrocedieran e ignoraran las amenazas del líder.

Los corazones se detuvieron cuando la selva se abrió en dos, dando paso a las bestias más terribles de la existencia humana. No tuvieron oportunidad de correr, solo gritar de terror, mientras filosas garras acuchillaban sus estómagos y agudos dientes se clavaban en sus cabezas, arrancándoles la vida.

Capítulo 1. El regreso

Centenares de años después...

El zigzagueo del auto por la empinada montaña le producía vértigo. Rebeca tenía el estómago desecho, pero no podía dejar de admirar las bellezas de aquel paraje. La selva nublada parecía engalanarse para recibirla y convencerla de quedarse.

Árboles de una altura impresionante bloqueaban la mayor parte de la luz natural y convertían a la carretera en un camino sombreado, bordeado por palmeras, helechos, orquídeas y variadas hierbas de hoja ancha. Al pasar por los arroyos se intensificaban los zumbidos de los insectos, así como el chillido de los monos y el canto de los cientos de pájaros que habitaban la zona.

A su lado, en el asiento del conductor, su madre no apartaba la mirada severa de la vía. Desde que salieron de Caracas el estado de ánimo de la mujer había sido hermético, pero al sumergirse en la carretera que conducía hacia La Costa, este se volvió más irritable.

Marian odiaba esa región, juró en innumerables oportunidades no regresar. Sin embargo, ahí estaba, hundida de nuevo en las entrañas de esa selva.

Al llegar a la cima de la montaña Rebeca se emocionó al percibir la neblina. Sonrió al sentir en la piel el frío que parecía emerger de la vegetación y le impregnaba el cuerpo. Respiró hondo para llenar sus pulmones de aire puro y captar el sutil aroma de la tierra mojada.

—Mamá, detén el auto —pidió risueña. Ansiaba disfrutar un rato más de aquel espectáculo de fragancias y sensaciones, pero su alegría se esfumó al divisar el rostro inflexible de Marian.

—No se te ocurra apegarte a este lugar —advirtió la mujer con una voz cargada de reproches.

Rebeca apretó la mandíbula. Discutir con su madre sería una pérdida de tiempo, así que prefirió dejar de lado sus inquietudes y cerrar la boca. Deseaba darle al viaje un final feliz.

Tuvieron que detenerse cerca de una pequeña caída de agua, el auto se sobrecalentaba por el esfuerzo de la subida y era necesario refrescarlo. Rebeca aprovechó la ocasión para caminar un poco e internarse por una grieta en la montaña, que formaba una especie de cueva con ayuda de la vegetación, atraída por los colores de las flores salvajes.

Su fascinación la empujó a adentrarse lo más que pudo para tocar los pétalos aterciopelados que parecían brillar en medio de una sábana fragante de hierba, pero casi enseguida fue envuelta por un frío mortuorio, que le erizó por completo la piel y despertó un viejo temor que había creído extirpado de su mente.

Giró su atención hacia el final penumbroso de la cueva mientras escuchaba un sonido que la había trastornado por años: el lejano retumbar de unos tambores y el rugido bajo y amenazante de un gran felino.

Su corazón se propulsó a mil por horas al divisar unos ojos fieros y ensangrentados que la observaban con fijeza en medio de las sombras. Se sobresaltó y estuvo a punto de gritar, pero enseguida aquella visión se esfumó, haciéndole creer que era un juego de su mente atormentada. Se apresuró a salir de allí, al tiempo que procuraba controlar su agitada respiración y disimular su miedo para que su madre no lo notara y la reprendiera por su imprudencia.

Se sentó en el vehículo frotándose con energía los brazos, buscando infundirse calor y dejar de temblar.

—No existe, no existe —repetía en susurros, pendiente de los movimientos de Marian que terminaba de agregar agua al radiador.

Respiro hondo y lanzó una ojeada precavida hacia la cueva. Todo estaba en calma, al igual que sucedía cada vez que despertaba de una de sus pesadillas.

Cuando su madre subió para continuar con el viaje, ella se encontraba más tranquila, aunque con una preocupación latente en su pecho. No deseaba que los terrores que la había embargado desde niña volvieran a abrumarla.

Una hora después atravesaron el arco de cemento que decoraba la entrada al pueblo costero. Atrás dejaron la tupida selva y se adentraron en la calurosa alegría de un poblado lleno de colorido que la hizo olvidarse de sus aprehensiones.

La joven observó con curiosidad a los habitantes. La gran mayoría eran

personas de piel oscura con los cabellos ensortijados y una sonrisa permanente. Rebeca había heredado algo de su tonalidad, su tez era acaramelada, como la de Marian, aunque la melena larga y negra la tenía tan lisa como la de su padre, quien había sido oriundo de esas tierras, pero descendiente de indígenas.

El hombre había formado parte de una de las Sociedades étnicas más antiguas de la región, dueños de unas haciendas productivas donde cosechaban cacao a través de métodos artesanales.

A pesar de que ellas no se ocupaban directamente de esas tierras, recibían beneficios económicos. Los líderes, que eran los hombres de mayor edad en la Sociedad étnica, se encargaban de velar porque las ganancias del trabajo fueran repartidas de forma equitativa entre los miembros. Sin embargo, el viaje que realizaban era para evaluar el atraso en el pago de los últimos meses.

—¿No iremos a nuestra casa? —preguntó la joven al notar que su madre continuaba adentrándose en el poblado y no tomaba la vía que dirigía hacia los terrenos que pertenecían a la Sociedad.

—No. Nos quedaremos en el pueblo —respondió con sequedad Marian—. Alquilé una casa que posee un local comercial cerca del mar, así podremos continuar con nuestro negocio mientras estamos aquí.

—¿Seguiremos vendiendo orfebrería? Pero, Pablo dijo...

—¡No me importa lo que haya dicho Pablo! —interrumpió Marian con voz firme—. No pienso depender de la Sociedad.

Rebeca giró el rostro hacia el camino para que su madre no notara su mueca de desaprobación.

—No es lo mismo vivir de la venta de collares y pulseras que de las ganancias de la cosecha —expresó en voz baja, aun sabiendo que aquello lastimaba a la mujer.

—Esos collares y pulseras te han dado de comer por varios años.

—¡Y el cacao también! —rebatía la chica con la mirada fija en su madre—. Y nos ha alcanzado para cubrir nuestros gastos los meses en que se han atrasado los pagos. Siempre nos envían más de lo que necesitamos —aclaró,

enfadada. No le gustaba que Marian la obligara a desechar lo que la ligaba a la cultura de su padre.

La mujer apretó los puños en el volante del auto. Sus ojos brillaron por la tristeza.

—Hija, recuerda lo que acordamos —pronunció con voz conciliadora— Estaremos aquí solo por algunas semanas para resolver los problemas que se han presentado con el envío del dinero de la cosecha. Luego, vendemos la casa que perteneció a tu papá y regresamos a la capital.

Rebeca se mordió los labios. No quería contradecir a su madre, la adoraba y respetaba, pero ese lugar era lo único que le recordaba a su padre.

—Quiero quedarme con la casa —masculló y alzó los pies en el asiento para abrazarse a sus rodillas con rostro irritado.

—Rebeca...

—¡Siempre he seguido tus mandatos! —increpó con dolor—: Me he olvidado del pasado, he aceptado todo lo que has querido... —Respiró hondo antes de continuar—. Yo también tengo derechos sobre esa herencia.

Marian detuvo el auto a un costado de la calle con las lágrimas agolpadas en los ojos.

—Lo extraño —continuó Rebeca, asfixiada por la pena—, ya ni la forma de su rostro puedo recordarla. Este lugar es lo único que me ata a él.

La mirada suplicante que Marian dedicó a su hija no sirvió para que la joven alivianara su determinación. Rebeca había aceptado con sumisión cada una de sus disposiciones, pero sabía que era injusto desligarse de aquella región, a la que estaba vinculada emocionalmente.

—Veremos qué nos ofrece Pablo y luego, tomaremos juntas una decisión —propuso la mujer para calmar los ánimos.

Rebeca regresó su atención hacia la vía y se mantuvo en silencio, pero no pudo evitar mirar hacia las montañas y sentir un escalofrío. Ya no podía seguir huyendo, debía enfrentar sus miedos y eso era lo que deseaba hacer en ese lugar. Sin embargo, su madre parecía tener otras ideas que le dificultarían su intención. En aquel viaje ella tenía que encontrar su liberación.

Ambas reiniciaron el camino con la tristeza marcada en el semblante. Presas

de una desesperanza que no podían arrancarse del alma.

Capítulo 2. El encuentro

Un día después, madre e hija ya estaban instaladas en una casa de alquiler cerca del mar. A Rebeca le correspondía ese día terminar de organizar los mostradores con las prendas de orfebrería que ellas mismas habían elaborado y abrir la tienda. Por suerte, llegaron a La Costa en época de vacaciones escolares, era común ver a turistas ansiosos por hundirse en las templadas aguas del mar Caribe, posibles clientes que las ayudarían a mantener el trabajo que las hacía sentirse independientes.

Sin embargo, ambas eran conscientes de que la mayor fuente de ingresos con la que contaban provenía de la cosecha de cacao, de la que su padre había sido socio, pero Marian no quería sentirse atada a ese dinero, pretendía simular que teniéndolo o no, igual podían subsistir. Rebeca la apoyaba para evitar que la mujer volviera a caer en una depresión causada por el estrés, aun sabiendo que si no recibían ese beneficio sus finanzas entrarían en serios problemas. Como ocurría en ese momento. Por eso aceptaron la invitación de los líderes de visitar La Costa y solventar los inconvenientes.

Mientras Marian se reunía con Pablo y con otros miembros de la Sociedad, ella se distraía en la organización de los estantes. El día estaba soleado y comenzaba a vislumbrarse la llegada de turistas.

El olor del mar y el sonido cercano del romper de las olas despertaron los pocos recuerdos que su mente mantenía de esa región y la hicieron sonreír. Recordó las tardes de juegos en la playa, las risas y las caricias de la brisa marina; los brazos fuertes de su padre que la alzaban en dirección al cielo, las largas caminatas por la cosecha y el sonido incesante de los tambores.

Ese retumbar le hizo perder la alegría.

Quedó estática parada en medio del local siendo invadida por el frío fúnebre que agitaba sus pesadillas. Se había esforzado por controlar esas emociones, pero La Costa le hacía una mala jugada al regresarlos a su memoria.

Cerró los ojos con fuerza, sin poder evitar que aquellas dantescas imágenes volvieran a pasearse por su cabeza.

Tenía cinco años cuando asistió con sus padres a una fiesta en el hotel más imponente de La Costa. Los miembros de la Sociedad étnica celebraban la excelente cosecha producida ese año y las insuperables ventas, ignorando la extraña sensación de agobio que se propagaba en el ambiente y que todos podían sentir, incluso ella.

A los pocos minutos de haber iniciado la festividad se desató el caos. Rebeca solo recordaba haber escuchado explosiones y gritos llenos de desesperación, así como disparos y rugidos de animales salvajes. Una mano delgada la ayudó a esconderse bajo una mesa mientras afuera se desataba una sangrienta masacre, y en medio de la oscuridad lo único que divisó fue la mirada intensa del niño que la acompañaba y no soltaba su mano. Su presencia y cercanía la calmaba.

Al captar el olor de la madera quemada ambos salieron de su escondite, quedando petrificados. A su alrededor poderosas llamas comenzaban a alimentarse con los restos de la destrucción ocasionada y de los cuerpos inertes de los que habían fallecido ese día.

Con los ojos agrandados y rebosantes de lágrimas, ella repasó el lugar. En un rincón su madre lloraba desconsolada, con su padre en brazos. La sangre cubría casi en su totalidad el cuerpo sin vida del hombre, y tras ellos, una figura fantasmagórica salía agazapada de entre las lenguas de fuego. Era un animal muy grande y fiero, que la observaba con rencor a través de unas pupilas inyectadas de sangre.

Apretó con fuerza los labios para no dejar escapar el grito de terror que solía emitir cuando recordaba ese fragmento de su vida pasada. Sentía un miedo inmenso por esa bestia, que desde ese día la rondó en sueños por muchos años, hasta que pudo hacerla desaparecer con ayuda de psicólogos y psiquiatras.

De mal humor continuó su día y por la tarde se sintió exhausta. Marian nunca apareció, la había llamado en un par de oportunidades asegurándole estar muy ocupada, por eso ella decidió cerrar antes y darse una vuelta por los alrededores.

Desde que el líder Pablo comenzó con su insistencia de que viajaran a La Costa para resolver los inconvenientes de los envíos de dinero, ella lo apoyó para convencer a su madre. Sospechaba que era una excusa del hombre para

hacerlas regresar a La Costa, pues las finanzas la llevaban con mucha precisión, pero igual lo ayudó, sentía una apremiante ansiedad por caminar de nuevo por las calles arenosas de ese poblado, lleno de vitalidad y alegría. Los aromas del mar y el sonido del oleaje la acompañaban hasta en los callejones más apartados, así como el murmullo de la gente y la actividad turística.

Rebeca se alejó del casco central del pueblo en dirección a las plantaciones de café, plátano y naranja, buscaba el río. Se dejó guiar por una sensación de curiosidad y júbilo a pesar de que no recordaba nada de aquellos lugares. Se sumergió entre senderos de tierra trazados entre matorrales, el colchón vegetal silenciaba los sonidos del mar y agitaba los de la naturaleza, pero además, producía uno que a la chica le erizaba la piel: tambores.

Por un momento se detuvo, sin saber si continuar o no. Aquel sonido despertaba sus temores, porque estaba ligado a sus pesadillas. Sin embargo, una intensa inquietud la invitaba a seguir. Creía que había algo más allá, algo que necesitaba como al aire para vivir y esperaba por ella.

Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, terminó de atravesar el sendero y se internó en una selva apretada por enormes árboles, arbustos y enredaderas. En la distancia divisó una casa, construida junto al río, donde se podía distinguir la presencia de algunas personas. La música de los tambores provenía de ese lugar, así como el aroma del incienso y del tabaco.

Movida por la curiosidad se acercó. Los cánticos que acompañaban a la percusión invocaban la ayuda de santos y deidades. Rebeca miraba con fascinación, semiescondida entre ramajes bajos, los sensuales bailes de *cumaco* que se producían en el porche trasero de la casa, frente a un altar lleno de estatuillas extrañas, vasijas, flores, velas e infinidad de frutos. Junto a los bailarines se hallaban los músicos, todos ellos de piel negra y cabellos ensortijados, unos sentados sobre grandes tambores de madera pulida y otros con sus instrumentos colgando del cuello. Varios estaban vestidos enteramente de blanco, incluso el que cantaba, que se notaba algo embriagado y con el rostro y cuello sudado por el esfuerzo que hacía al entonar con fuerza los temas que parecían oraciones.

Por la vestimenta pudo deducir que se trataba de «santeros», seguidores de alguna secta que rinde devoción a los santos, realizando ceremonias y ritos especiales en su honor, y enlazando sus existencias a ellos.

Le era imposible apartar la vista, era como si la hubieran hipnotizado con sus pegajosos acordes.

A pocos metros, en la orilla del río, se encontraba una decena de personas desperdigadas. Unos alrededor de una fogata, donde calentaban un caldo en una enorme olla, y otros en el agua, haciendo una especie de ritual.

Tenían a un hombre sumergido hasta los muslos, era alto, pues las mujeres que lo rodeaban tenían el agua hasta la cintura y lo bañaban recitando oraciones. Una de ellas fumaba un tabaco y soplabla el humo en el pecho del sujeto mientras él se mantenía con los ojos cerrados y la cara en dirección al cielo. Sus cabellos, largos hasta los hombros, chorreaban copiosamente agua, y su cuerpo escultural, de músculos definidos y hombros anchos, atrajo con fuerza la atención de Rebeca. A la chica le era imposible dejar de admirarlo.

Él respiraba con bocanadas profundas, como si fuera víctima de algún dolor, y a medida que se intensificaban, lo hacían también los cantos y la música de los tambores, como si todo formara parte de un mismo rito.

Rebeca lo observaba embelesada. El hombre cerraba los puños con firmeza demostrando que sufría, pero aquello hacía que los músculos de su cuerpo se definieran aún más. Sintió un ramalazo de placer mientras lo repasaba con hambre, jamás había experimentado tal cosa cuando veía a un hombre, pero le fue imposible evitarlo, era como si hubiera sido afectada por algún embrujo. Lo deseaba, con una fuerza abrumadora.

Gimió, sosteniéndose de las ramas de los árboles para soportar el arrebato. Pero a pesar de que el sonido que emitió fue muy bajo, él abrió enseguida los ojos y dirigió su rostro hacia ella.

Rebeca se sobresaltó al ver sus pupilas enrojecidas, tan parecidas a las de la bestia que la atormentaba en sueños. Ahogó un grito y retrocedió un paso tropezando con una raíz y cayendo sentada en el suelo.

Aunque los cantos y el ritual continuaron sin que alguien se percatara de su presencia, ella salió huyendo como si la persiguieran. La mirada dura del hombre la había perturbado.

Llegó a su casa con el corazón latándole con furia en el pecho, se encerró en su habitación pasando doble cerrojo a la puerta y se acostó en su cama boca abajo ocultando su cabeza bajo la almohada, hasta que sus nervios pudieron

serenarse.

La Costa no solo le despertaba antiguos recuerdos, sino que además, brotaba sus miedos. Tal vez aquel hombre en realidad nunca tuvo los ojos enrojecidos, pero ella ahora los veía en todos lados, incluso en los ojos de quienes la rodeaban, al igual que había ocurrido en el pasado. Como si aquella bestia demoníaca la acosara, atrayéndola hacia sus fauces.

Creyó haber superado ese terror. Su madre había gastado dinero llevándola con especialistas, pero al parecer, el esfuerzo se había perdido. Vivir en una urbe moderna y agitada como Caracas quizás fue lo que la ayudó a no pensar más en ello y mirar siempre adelante, pero el aroma del mar y la cercanía de la selva le agitaron las emociones, así como viejos miedos.

Capítulo 3. La visita

Los días siguieron sucediéndose de manera rutinaria. Marian no paraba de reunirse con los líderes, dejando sola a Rebeca atendiendo la tienda. Ella intentaba concentrarse en el trabajo para evitar salir y volver a suscitar una situación inquietante, pero cada segundo que pasaba en ese lugar sentía una poderosa necesidad por acercarse a la cultura de su padre y averiguar los motivos de su muerte.

Los aromas marinos y el sonido del mar la atraían como la abeja a la miel.

Mientras hacía un esfuerzo por controlar sus ansiedades recogía las cajas vacías que habían quedado desperdigadas después de reorganizar la mercancía, para apilarlas en la trastienda, pero al divisar a través de los cristales del negocio que una camioneta Nissan Patrol se estacionaba al frente, tuvo que detener lo que hacía.

Una creciente curiosidad la obligó a mantener la mirada en el vehículo.

Un hombre alto, de cabellos castaños y largos hasta los hombros, se bajó con una carpeta entre las manos. Quedó fascinada con el porte varonil y el cuerpo atlético del sujeto. Jamás se había sentido atraída por tipos de anatomía musculosa, pero sin entenderlo, no podía dejar de admirarlo. Le parecía conocido.

Se inquietó al verlo avanzar en dirección a la tienda. Su corazón se propulsó por la expectativa. Él caminaba con la cabeza gacha, por eso, ella no podía verle el rostro, pero mientras más se aproximaba, más intensas se volvían las emociones en su interior.

Cerca de la puerta, él alzó la cabeza. Al posar sus ojos negros en ella, Rebeca quedó inmóvil. Aquella mirada la envolvió por completo y le afectó cada uno de los sentidos.

Ese era el hombre que habían bañado en el río días atrás, quien al parecer, había tenido los ojos ensangrentados.

Con un sobresalto obligó a su cuerpo a reaccionar y apartar la mirada de él, dirigiéndose a toda prisa a la trastienda con las cajas. Allí escuchó el sonido

de la campanilla de la puerta, lo que propulsó sus palpitaciones. Él estaba adentro.

Rebeca dejó las cajas sobre una mesa, se alisó la blusa y se peinó los cabellos con las manos. Nunca en su vida se había sentido tan nerviosa. Segundos después salió, pero al encontrarlo parado frente al mostrador, con una mirada abrasadora sobre ella, sus pasos se congelaron.

Él no movía ni un solo músculo. Su cuerpo, de hombros anchos y brazos fibrosos, tapaban por completo la visibilidad hacia el exterior. En su rostro se notaba una mezcla exótica de facciones indígenas e italianas, que le daba una apariencia intimidante a su semblante severo.

—¿Puedo... servirte de algo? —preguntó ella con inseguridad. Sentía un nudo atado en el estómago que le helaba la sangre.

Después de un momento de silencio el hombre reaccionó.

—Busco a Marian Leiva —respondió. Su voz gruesa y vibrante le erizó a Rebeca la piel. Ella tuvo que entrelazar sus manos para controlar el nerviosismo e intentó parecer despreocupada.

—No está. Tardará unas horas en regresar.

El hombre la miraba con una intensidad perturbadora que la hizo sentirse como una pequeña y solitaria liebre habitando un bosque poblado por lobos.

—Entrégale esto, por favor —dijo, y colocó la carpeta sobre el mostrador antes de retroceder un par de pasos en dirección a la puerta.

Él no apartaba su atención de ella y Rebeca estaba hipnotizada, no contaba con la voluntad necesaria para alejar sus ojos de él. Al percatarse de que se marchaba el terror la invadió.

Se acercó con rapidez, como queriendo detenerlo, sin considerar que el mostrador se interponía en su camino. De manera absurda tropezó con el mueble.

—¡Espera! —pidió con apremio. Su ansiedad era mayor a su vergüenza—. ¿Quién eres? —Al ver que el sujeto detenía sus pasos, ella se tranquilizó. Necesitaba saber algo de él. Aquel desconocido la hacía sentirse diferente—. Es para... decirle a mi madre quien le dejó la carpeta.

Con esa justificación el semblante del hombre se relajó. Él respiró hondo y

se guardó las manos en los bolsillos.

—Dile que los documentos se los envía Ildemaro Veldetta, el administrador de la Sociedad. Es la relación de las ventas del cacao durante el trimestre pasado. Pablo le pidió que se los hiciera llegar a tu madre.

Después de decir aquello se giró para retirarse. Rebeca volvió a angustiarse. Odiaba que él supiera quien era ella, sin que ella aún tuviera idea de quien era él.

—¿Y tú? —Su preguntar lo obligó a detenerse de nuevo mientras sostenía la manija de la puerta—. Aún no sé tu nombre —insistió sin dejar de detallar la espalda amplia y de músculos definidos que se apreciaba a través de la camisa.

—Gabriel Veldetta —respondió sin darle la cara y antes de marcharse.

Rebeca lo siguió con la mirada hasta que el hombre subió al auto y los vidrios polarizados le impidieron seguir observándolo. El corazón le latía con fuerza en el pecho y un cúmulo de sensaciones se agitó en su interior.

Ahora él se notaba diferente a como lo había visto aquella tarde en el río, pero igual le seguía pareciendo intimidante.

En medio de un suspiro miró como el auto se alejaba de la tienda y sin apartar su atención apoyó los codos en el mostrador para descansar sobre sus manos su mandíbula. Todo en esa la región estaba arropado por una sombra de misterio, pero aquello le resultaba atrayente. Anhelaba revelar cada uno de los secretos que descubría.

—Gabriel Veldetta —suspiró, esforzándose por rememorar su infancia para conseguir algo de él. Pero los recuerdos que llegaban a su mente eran del momento en que su padre había sido asesinado.

De nuevo le parecía escuchar los gritos, los rugidos y los disparos, así como una débil voz que intentaba colarse entre el bullicio del caos.

«Quédate conmigo», le pedía el niño de la mirada intensa que la mantuvo bajo la mesa durante la masacre, «yo cuidaré de ti», le prometió, y ella confió plenamente en él.

—Es él... —farfulló en medio de un ahogo de sorpresa—. ¡Sí, es él, es su mirada! —exclamó y se irguió por el impacto del descubrimiento—. ¡Es él!

¡Es él! —gritó fuera de sí y se carcajeó por su reacción absurda.

Aquel hombre era el niño que la había tomado de la mano dieciséis años atrás y la escondió durante la matanza que no solo acabó con la existencia de su padre, sino también, con la de muchos otros miembros de la Sociedad étnica. Su gesto le había salvado la vida.

Se tapó la boca con ambas manos sin poder creerse aquello. Su corazón latía a mil por horas. Sin embargo, su emoción se perdió al recordar un pequeño detalle: la mirada ensangrentada que él le dedicó en el río. La misma que poseía la bestia de sus pesadillas.

Con el temor aleteando de nuevo en su cuerpo, se llevó las manos al pecho y observó con aprehensión la calle desolada.

Capítulo 4. Sensaciones

Al llegar el sábado, Rebeca esperó a que cayera el crepúsculo para cerrar la tienda e informarle a su madre que iría a caminar por la playa. Dentro de casa se sentía como prisionera. Se apresuró a cruzar la calle, la brisa fresca le hacía volar la larga cabellera y los aromas marinos que esta transportaba le inundaban las fosas nasales.

Subió con rapidez las escaleras de piedra que precedían al malecón y admiró desde él al mar. Observó embelesada el cielo estrellado que comenzaba a mostrarse sobre el agua a medida que se escondía el sol, y las olas apaciguadas por los rompeolas que creaban junto con el viento una melodía acogedora, capaz de conmovérla. Anduvo por la plaza amurallada con una sonrisa dibujada en los labios. Aquel lugar la hacía sentirse libre y la llenaba de calma.

Se alejó de la plaza y se dirigió con pasos lentos al borde del mar. Se quitó los zapatos, permitiendo que los dedos de los pies se le hundieran en la arena suave y la acariciara, produciéndole sensaciones placenteras.

La Costa se metía dentro de su organismo a través de todos sus sentidos y poco a poco se apoderaba de ella.

Minutos después se abrazó a su cuerpo, una brisa helada la cubrió por completo haciéndola estremecer. Oteó los alrededores algo inquieta, podía asegurar que estaba siendo observada. Comenzaba a oscurecer y los faros amarillentos de la plaza solo alumbraban la zona cercana a ellos. El borde de la costa estaba sumergido entre las sombras.

Aunque la idea de estar siendo vigilada le aceleraba el pulso, no tenía miedo, solo curiosidad y una confusa sensación de euforia. Como si supiera que de un momento a otro llegaría lo que había estado esperado durante años.

—El mar es más hermoso de noche que de día.

La intervención la hizo sobresaltar y girar el rostro hacia la persona que le había hablado a sus espaldas. Alzó las cejas al observar que se acercaba a ella un hombre alto e igual de corpulento que Gabriel Veldetta, aunque este

tenía el cabello corto y los ojos rasgados.

Su rostro no poseía las facciones italianas que caracterizaban a Gabriel. En la fisonomía de este nuevo sujeto resaltaban aún más los rasgos indígenas.

—Tu madre me dijo que habías venido a caminar —agregó él.

—Soy una chica muy conocida en La Costa —reclamó ella con pedantería, al percatarse que todos allí la reconocían, incluso, sin verla a la cara. No obstante, su verdadera intención era resultar graciosa.

Sintió alivio al divisar una sonrisa radiante en la cara del hombre.

—Por supuesto, las esperábamos desde hace tiempo. Nos alegra que hayan vuelto a estas tierras y se integren a nuestra Sociedad.

Rebeca sonrió con desgano y se guardó las opiniones. Nadie parecía conocer el verdadero motivo de su madre por viajar a ese lugar: el de romper todo tipo de lazo que pudiera unirlos a esa región.

—¿Y tú, de quién eres hijo? —indagó para cambiar el tema.

Una mueca alegre se dibujó en el rostro perfecto de aquel encantador y enigmático sujeto. Ella no podía creer que todos los miembros de esa Sociedad étnica tuvieran una apariencia tan arrebatadora.

—De William Aldama. No sé si recuerdas a mi padre, pero fue muy amigo del tuyo y era quien llamaba con mayor regularidad a tu casa.

—Un poco —comentó, e hizo un esfuerzo por recordar los nombres de las personas de la Sociedad con las que solía conversar por teléfono sobre el trabajo en La Costa y el envío del dinero que les correspondía—. Si es así, tú debes ser Javier, ¿cierto? —completó, acordándose de las relaciones.

El hombre afirmó con la cabeza, pero enseguida dirigió la mirada hacia un costado de la playa donde la oscuridad parecía absorber todo a su paso. La sonrisa se le perdió de manera instantánea, como si se enfadara por lo que allí pudiera encontrarse.

—Vine para invitarte a salir mañana —comentó, al tiempo que posaba de nuevo su atención en ella y retomaba una expresión de júbilo.

—¿Salir?

—Me gustaría que fueras a la cosecha. Eres tan dueña de esas tierras como

nosotros, sería un honor que la visitaras y saludaras al resto de miembros de la Sociedad.

Un sobresalto interior de alegría la dejó muda por un instante mientras su mente repasaba las imágenes que aún quedaban en su memoria de ese lugar. Por fin pondría sus pies sobre el calor de esa tierra fértil que tanto añoraba y volvería a ver los rostros que poco a poco se habían ido borrando de su mente. Pero sobre todo, se encontraría de nuevo con él, con Gabriel Veldetta.

Sin embargo, la emoción se le esfumó al recordar un pequeño detalle.

—Pero... mañana es domingo —citó con recelo. Sus palabras le ensancharon la sonrisa a Javier.

—Para nosotros cuidar de la cosecha no es un trabajo más, es algo que hacemos por gusto y en cualquier momento —alegó con diversión—. Aunque la mayoría de los empleados descansan, los miembros aprovechamos el día para evaluar los sembradíos, revisamos que cada planta haya recibido la cantidad justa de riego y abono orgánico y realizamos desmaleza y poda si es necesario.

La ansiedad invadió de nuevo a Rebeca, pero sus inseguridades no la dejaban tomar una decisión.

—Si están trabajando, puedo ser un estorbo.

—¿Un estorbo? —se carcajeó Javier, lo que provocó un cosquilleo en el estómago de la chica—. A todos nos gustaría verte por allá. Será un honor recibir tu visita.

La brisa marina pasó con rapidez entre ellos y le alborotó los cabellos a Rebeca. Varios mechones le taparon el rostro. Ella los apartó, pero había uno que se revelaba a su control. Javier acercó una mano y movió al insubordinado. Con el gesto le rozó la piel de la frente.

Un leve gruñido se escuchó entre las sombras. Rebeca se giró asombrada e intentó percibir lo que había producido el sonido.

—¿Qué fue eso? —preguntó inquieta, con el recuerdo de la bestia en su mente.

Javier fijó la mirada en la oscuridad y apretó el ceño.

—Perros —respondió con prontitud—. A esta hora suelen salir y

encontrarse en la playa. —Se irguió para llamar la atención de la chica y evitar que ella siguiera indagando entre las sombras e hizo un esfuerzo por relajar las facciones—. Buscan los restos de la comida que dejan los turistas. Pueden presentarse disputas entre ellos si encuentran algo bueno.

A Rebeca la excusa no la convenció, volvió a otear los alrededores mientras el corazón le martilleaba en el pecho.

—Lo mejor es que vuelvas a casa —aconsejó Javier, logrando que ella desviara su atención hacia él—. No es seguro que andes sola por la playa a esta hora.

Rebeca no rebatió sus palabras. A pesar de creer que acompañada por un sujeto como él nadie se atrevería a hacerle daño, sentía que era momento de marcharse.

Se despidió después de acordar la hora en que se encontrarían a la mañana siguiente y se dirigió a su casa pensando cómo le daría la noticia a su madre. Marian se disgustaría cuando se enterara de ese paseo, ya que iba en contra de sus dictámenes de no mezclarse con los miembros de la Sociedad.

Subió al malecón y al girar el rostro hacia Javier para verificar que él también se había marchado, notó que el hombre se encaminaba hacia la porción de sombras que había emitido aquel extraño sonido. Andaba con calma, cómo si supiera con qué se encontraría en medio de la oscuridad.

Capítulo 5. Dudas

Durante las primeras horas de la mañana del domingo —y después de una tensa despedida por el carácter arisco que tuvo Marian al no aprobar la salida hacia la cosecha—, Rebeca se subió a la brillante Toyota Land Cruiser de chasis largo de Javier, impresionada por los gustos automovilísticos que se daban los miembros de la Sociedad étnica.

Salieron del pueblo y se internaron en la selva por caminos de tierra hasta llegar a los terrenos. A su alrededor se erguían plantas cacaoteras, junto a otras de mayor tamaño con diversidad de flores y frutos.

—Pensé que la cosecha era exclusivamente de cacao —expresó sin dejar de admirar los alrededores.

—Y lo es, solo que el producto se da mejor en la sombra, por eso sembramos plantas más altas entre ellas. Esos árboles no solo evitan que las alcancen los rayos del sol, sino que además sus frutos, hojas y semillas ayudan a enriquecer el abono que utilizamos para la siembra.

—¿Por eso este cacao es tan bueno?

—En parte —señaló él con orgullo—. A cada planta la tratamos de forma especial, como si fuera única. Esa exclusividad ha resultado beneficiosa. ¿Has probado nuestro cacao?

Ella negó con la cabeza, algo apenada. Javier alzó las cejas con incredulidad.

—Si te animas, más tarde puedo llevarte al pueblo, con las personas que procesan el cacao que cosechamos y elaboran dulces y bebidas que estoy seguro, te van a gustar.

La propuesta vino acompañada de un guiño de ojos que aumentó las palpitations en la chica, se sentía ridícula al dejarse afectar tanto por los gestos cómplices y cariñosos de ese hombre, pero también le enfadaba no experimentar la misma atracción que él mostraba por esas tierras. Para los miembros de la Sociedad ese sembradío no solo representaba su fuente de ingreso, era lo que establecía su estilo de vida, el elemento más característico

de su cultura. El cacao era lo que los mantenía unidos y activos, no tenerlo sería como perder la identidad.

A los únicos integrantes de esa asociación que les daba igual lo que allí sucediera, eran a su madre y a ella.

—¿El cacao los pone así? —preguntó para alejar la conversación del tema de la cosecha.

—¿Así como?

—Con esa contextura —expuso en referencia al cuerpo imponente del hombre.

Javier sonrió, pero además, arrugó el ceño. Parecía no comprender las dudas de ella.

—Nuestra forma física es producto de la condición especial que poseemos, no de la manera en que nos alimentamos.

—¿Qué condición especial? —inquirió ella confusa. Él alejó la vista del camino para observarla por unos segundos, sorprendido por lo que preguntaba.

—Lo que nos une a esta Sociedad... y a estas tierras —respondió con inseguridad. Esperaba que ella entendiera sus palabras sin tantas explicaciones, no sabía que le había comentado su madre y que no, por eso no podía soltarle de golpe lo que se aprendía durante años de convivencia comunitaria.

Rebeca quedó en silencio. Era consciente de que ese lugar estaba lleno de misterios que Marian nunca quiso revelar, porque no quería que ella se involucrara con esa gente. A pesar de los deseos de su madre necesitaba comprender lo que allí sucedía. Organizó en su mente algunas preguntas para interrogar a Javier sobre la Sociedad y sus tradiciones, pero pronto llegaron al lugar que iban a visitar.

—Allí están los chicos —indicó Javier, y señaló con la cabeza a los cuatro sujetos que se encontraban a un costado del camino. Físicamente, eran similares a Javier. Sin embargo, en sus rostros y en sus actitudes se podían hallar diferencias.

Dos se acercaron al vehículo cuando se detenía. Uno de ellos parecía

divertido, con los cabellos negros un poco largos, con mechones tapándole la frente, orejas y parte del cuello. El otro tenía la piel más bronceada y poseía un semblante severo, aunque los recibió con una sonrisa.

—Bienvenida —la saludó el moreno, después de que ella se bajara del auto y se dirigiera hacia ellos.

—¿Qué te ha parecido La Costa? —preguntó el risueño. Ella trató de prestarles atención, pero al notar que, unos metros más alejado del grupo se hallaba Gabriel Veldetta, su corazón comenzó a martillear con tal intensidad que alteró sus nervios.

Él estaba acompañado por un trío de hombres que terminaban de recoger las ramas recién cortadas de los árboles que bordeaban el camino, por supuesto, ninguno se asemejaba a los miembros de la Sociedad. Debían ser personal contratado para eliminar los residuos de la poda. Gabriel posó su mirada profunda en ella, mientras enrollaba las sogas que habían utilizado en el trabajo.

—Es... hermosa.

—Nos alegra que te guste —comentó el moreno—. Yo soy Jonathan Ibarra y este imbécil es Deibi Guerra —aclaró y golpeó a su compañero en el hombro mirándolo con irritación, con lo que demostraba que estaba algo enfadado con él.

—¿Ya andas haciendo travesuras? —preguntó Javier en tono burlón al acercarse y ubicarse a la altura del grupo—. No desgastes tan temprano la serenidad de Jonathan.

—Nunca hago travesuras —rebatió Deibi con una gran sonrisa—, es que Jonathan tiene poca paciencia.

—¿Y cómo está la cosecha? —inquirió Javier. Rebeca notó que el rostro del hombre se endurecía al echar un vistazo hacia Gabriel.

—Bien, ya casi terminamos —expuso Albert, uno de los que se había mantenido alejado. Rebeca lo había conocido un par de días atrás cuando el hombre fue a su casa para llevarle unos recados a su madre. Era el hijo del líder Pablo, un sujeto rubio y de personalidad amable. La joven enseguida sonrió al verlo—. Y el cacao está en excelentes condiciones, pronto estará listo. Muéstrales, Gregory —invitó a su compañero, un chico bastante alto y

de mirada traviesa, que se acercó con un fruto amarillo un poco más grande que su mano y de forma ovalada y alargada.

Al llegar junto a Rebeca le guiñó un ojo como saludo y tomó un machete clavado en el suelo para, con un solo movimiento, partirlo por la mitad sin hacerse daño. La chica pudo apreciar las semillas marrones con forma de grandes almendras almacenadas en el interior, y adheridas a una pulpa blanca que las cubría por completo.

—¿Con esas semillas hacen el chocolate? —preguntó.

—¡El mejor chocolate del mundo! —respondieron los cinco al unísono. Aquella reacción la hizo sonreír.

—Veo que están muy orgullosos de él.

—Dedicamos nuestra vida a cosecharlo —contestó Albert mientras ella echaba un vistazo hacia Gabriel. No podía evitarlo. El joven también la miraba con disimulo. Se mantenía serio y apartado de los demás.

—¿Y él? —inquirió y lo señaló con un movimiento de cabeza—. ¿Siente la misma emoción que ustedes?

Todos giraron el rostro hacia Gabriel. El ánimo que tuvieron al hablar del cacao se les desvaneció.

—Tiene una forma especial de amar lo que hacemos —confesó Javier con la mandíbula apretada. La actitud de los hombres aumentó la curiosidad de Rebeca.

—¿Puedo ir a saludarlo?

Jonathan la observó como si ella pidiera permiso para hundirse en un pozo de lava ardiente.

—¿A Gabriel?

—Ayer pasó por la tienda a dejarle unos documentos a mi madre, sería de mala educación no saludarlo.

Los cinco quedaron en silencio mientras compartían miradas incrédulas. Sin embargo, no podían detenerla. Gabriel era tan miembro de esa Sociedad como ellos, aunque su comportamiento dijera lo contrario.

Rebeca no esperó a que le concedieran el permiso y se encaminó hacia él.

Apreció como el hombre se inquietaba a medida que ella se acercaba.

—Hola —lo saludó al estar a su lado.

—Hola —respondió él con recelo.

—¿Qué haces? —Gabriel arrugó el ceño y dirigió su mirada hacia las sogas. Rebeca se avergonzó, fue tonto preguntar por algo tan evidente—. Digo, ¿qué haces? De, ¿cómo te sientes? Tú sabes, es un decir. ¿Qué haces? Es cómo: ¿qué tal? ¿Entiendes?

Gabriel la observó fijamente. Sus facciones se relajaron.

Ella pensó que el hombre pronto estallaría en una risa burlona. Se sentía una completa idiota mientras balbuceaba explicaciones sin sentido.

—Estoy bien. Gracias por preguntar.

El silencio volvió a apoderarse de ambos. Las voces de los empleados que cargaban ramas hacia un camión apostado a la orilla del camino era lo único que les aseguraba que mantenían los pies en la tierra.

—Vine a conocer la cosecha —informó Rebeca para propiciar alguna conversación.

—Espero te sientas a gusto en este lugar.

Ella apretó la mandíbula. No estaba conforme con las respuestas que él le daba.

—Me encanta... Javier me dijo que me llevaría al pueblo para probar los dulces que preparan con este cacao.

Gabriel dirigió una mirada severa hacia sus compañeros, sin dejar de enrollar las sogas.

—Javier en ocasiones suele ser... muy caballeroso —dijo con frialdad. A ella se le arrugó el corazón. Él ahora parecía ignorarla, dedicaba toda su atención a la tarea que realizaba.

—Me gustaría ir contigo —soltó de golpe. Gabriel detuvo el trabajo y la miró con los ojos muy abiertos. Rebeca sintió temor por su rechazo. Ansiaba pasar más tiempo con él.

—Javier puede ofenderse —argumentó con inseguridad.

—Él quiere que me sienta a gusto aquí tanto como los demás y yo me sentiría mejor si viajo contigo.

Gabriel se irguió. Sus labios se arquearon en lo que probablemente era una sonrisa, pero enseguida volvieron a enderezarse para reflejar severidad.

—No tengo problemas en llevarte. Podemos ir cuando quieras.

—Puede ser, ¿ahora?

Él volvió a mirarla con atención. Detallaba los labios entreabiertos de la chica, que esperaban ansiosos una respuesta positiva.

—Claro que puede ser.

La afirmación la hizo sonreír. Gabriel soltó las sogas que enrollaba y se pasó una mano por los cabellos, revelando nerviosismo.

—Le avisaré a mis hermanos —indicó.

—¿Tus hermanos? ¿Por qué les dices así si en realidad, no lo son?

Él la observó confundido.

—Porque, en cierto modo... lo son.

—No son hermanos de sangre —insistió ella.

—Pero sí de espíritu.

Esa respuesta la llenó aún más de dudas. Rebeca dirigió la vista hacia Javier, Jonathan, Deibi, Albert y Gregory, quienes ayudaban a los empleados a almacenar las ramas cortadas en el camión mientras vigilaban con disimulo la conversación entre ellos. Al verlos juntos, ella pudo notar las características físicas que los emparentaba. No obstante, sabía que lo único que los unía era su relación con la Sociedad étnica, no un lazo de sangre.

—¿Aún quieres ir al pueblo?

Él se había quedado muy quieto frente a ella, con una postura rígida. Parecía molesto.

—Por supuesto, estoy ansiosa por ir.

—Espérame aquí, iré a avisarles.

Rebeca lo observó dirigirse hacia los hombres. Las preguntas que había ideado para Javier ahora se unían al montón que ansiaba hacerle a Gabriel.

Esta vez no perdería la oportunidad de conocer sobre los secretos de esa Sociedad. Así su madre la odiara por eso.

Capítulo 6. El baile

Un lugar suele volverse fascinante no solo por las maravillas que pueda mostrarte, sino por la manera en que lo disfrutas, y Rebeca comenzaba a disfrutar de La Costa a plenitud.

El silencio de Gabriel no la agobiaba, él parecía hablarle a través de su intensa mirada, de sus medias sonrisas y de la forma en que su rostro se iluminaba cada vez que ella mostraba interés por algo. Bastaba con que la chica le dedicara su atención a algún objeto de la naturaleza y él se detenía, acercándola para que lo apreciara mejor.

La paseó sin prisa por diferentes poblados, llevándola a conocer cada uno de los pueblos solariegos de la zona, en cuyas calles aún resonaba el eco rítmico de las risas de los zambos y de los indígenas que habían fundado esa región. Se adentraron en los negocios de algunos de los clientes de la Sociedad, quienes transformaban el cacao que ellos cosechaban en materia prima para la elaboración de chocolate; así como licores, dulces y hasta productos de belleza como cremas para la piel y el cabello, artículos de cosmética y perfumes.

La joven no podía creerse que la mayor parte de La Costa se enriqueciera con las bondades casi mágicas de ese producto, que estaba tan encadenado a su existencia y que por años ella había ignorado. Hasta ideas se llevó para crear prendas de orfebrería inspiradas en ese fruto, las posibilidades que le otorgaba eran infinitas.

Sin embargo, lo que más despertaba su curiosidad era el hombre sentado a su lado. Cuando iba cayendo la tarde, él se disponía a regresarla a su casa, pero ella no deseaba separarse aún de él, ya había conocido la zona y las potencialidades del cacao que cosechaban, ahora le tocaba indagar sobre Gabriel Veldetta y los misterios que rondaban a la Sociedad, e incluso, a ella misma.

—Te vi, hace unos días —soltó, haciendo que él desviara unos segundos su atención de la carretera para posarla en ella.

—¿Me viste?

—Sí, en el río. Unas mujeres vestidas de blanco te echaban agua en la cabeza mientras cantaban oraciones.

Las facciones de Gabriel enseguida se volvieron duras y enfadadas. Rebeca sintió el revoloteo del miedo en su vientre, pero también desesperación. Él no le daba la cara, fijo su atención en la vía mientras sus manos se apretaban con rabia en el volante del auto. Tal vez había sido muy atrevido sacar a la luz una intimidad que quizás él no quería que se supiera. Enseguida pensó en alguna manera de encauzar la conversación sin que quedara como una metiche.

—Paseaba por el pueblo y escuché el sonido de los tambores. Me acerqué y vi desde la distancia lo que hacían —dijo, evaluando los cambios de humor que se reflejaban en su rostro. Gabriel era muy hermético expresándose con palabras, pero ella creía poder descifrar sus facciones y miradas—. ¿No me recuerdas? Dirigiste tus ojos hacia mí.

Él negó con la cabeza, sin modificar su semblante irritado.

—No sabía que los santeros hacían bautizos en el río.

—No era un bautizo —confesó Gabriel luego de casi un minuto de silencio, pero no dijo nada más.

—¿Y qué era? —Lo observó ansiosa, tratando de descubrir sus verdades.

—Nada. No era nada.

Ella suspiró, frustrada. La respuesta del hombre vino acompañada de una actitud furiosa que no permitía más indagación a menos que estuviera dispuesta a discutir. Se mordió los labios para calmar su inquietud y decidió cambiar de táctica.

—Me gusta el sonido de los tambores —comentó recostándose en el asiento y fijando su mirada en la curvada carretera.

—¿Te gusta? —consultó él con interés y lanzó ojeadas disimuladas hacia la chica.

—Sí, me provoca bailar y me gustaría aprender a moverme como lo hacen esas mujeres.

Aquello fue suficiente para cambiar por completo el carácter de Gabriel. El enfado fue sustituido por una actitud más determinada. Aceleró el auto y se apresuró por llegar al poblado para dirigirse hacia las plantaciones que lo

rodeaban.

En medio de un extenso sembradío de plátano y café se hallaba una casa semioculta entre inmensos árboles, cuyas semillas se agitaban con la brisa emitiendo melodías que acompañaban a los redobles de los tambores que salían del hogar.

—¿Qué haremos? —preguntó Rebeca intrigada, notando que la casa era la misma que había visitado la vez anterior, solo que en aquella ocasión había llegado por la parte trasera, bordeando el río.

—¿Querías bailar?

Ella lo observó asombrada mientras él se bajaba del vehículo y lo rodeaba para llegar a su lado.

—Vamos —la invitó con una sonrisa pícara al abrirle la puerta. Rebeca arqueó las cejas. Por primera vez notaba una expresión traviesa en él y eso le despertó un cosquilleo en el vientre.

Se bajó del auto y tomó su mano para dejarse guiar hasta la casa. Una sonrisa cargada de emoción se le talló en el rostro.

Los recibió en la puerta un hombre negro y bajito, vestido de blanco y con un gorro del mismo color sobre la cabeza. Saludó con cariño a Gabriel, a pesar de que este se mostró frío con él. Los hizo pasar a la sala, donde un grupo de personas se encontraban alrededor de un altar muy similar al que se hallaba en el patio trasero, pero este además, estaba adornado con telas de colores brillantes que colgaban del techo, juguetes y plantas de palma en macetas.

Se ubicaron a un costado para mirar la celebración que se realizaba. Rebeca dio un repaso curioso por el lugar. Muchos veían a Gabriel con asombro, como sorprendidos de que se encontrara allí, y otros con cierto temor. Había mujeres que lo observaban con interés y hasta cuchucaban entre sí sin quitarle la vista de encima, incluso a ella.

Se esforzó por controlar el ramalazo de celos que aquello le produjo y fijó su atención en los músicos ubicados a un costado del altar, sentados en sillas y con las piernas cubiertas por paños de satén apostando sobre ellos unos tambores alargados que no paraban de repiquetear. Un sujeto alto entonaba con fuerza versos en un idioma extraño, que a ella le pareció africano, y alentaba

con movimientos de sus manos a otro que bailaba en medio del círculo de personas con algo de timidez.

Gabriel apretó su mano, haciendo que ella desviara su atención hacia él.

—Es parte de una celebración Yoruba —explicó en susurros y sin apartar su atención de los labios entreabiertos de la chica. Por instinto ella se mordió el inferior, logrando que él acentuara su respiración y la observara con mayor fijeza.

El cambio brusco en el ritmo de los tambores la obligó a atender lo que ocurría en el centro de la sala. Ahora la música sonaba con mayor intensidad, haciendo que el sujeto que bailaba en el centro perdiera un poco de su timidez y se agitara con soltura. Ella no pudo evitar mover las caderas al son de la música, recordando los pasos que había visto realizar a los bailarines la tarde anterior, pero lo hacía con torpeza.

Gabriel le soltó la mano y caminó para ubicarse tras ella. Rebeca siguió sus movimientos con incertidumbre. Él le sostuvo las caderas y las meneó con sutileza para enseñarle cómo debía ser el movimiento. Ella se lo permitió, experimentando una inusual agitación en su organismo a causa del ardiente contacto del hombre.

Cerró los ojos y respiró hondo mientras se dejaba embargar por los candentes sonidos y por la conmoción que su corazón experimentaba por culpa de la cercanía de Gabriel. Él se aproximó aún más y hundió su rostro entre los cabellos de la chica, aspirando su aroma.

Para Rebeca, la habitación de repente parecía haberse incendiado rodeándola con un calor intenso, como si estuviera en el centro de una hoguera. Bailaba. Movía con suavidad las caderas y el torso contorsionándolos con sensualidad mientras las manos de Gabriel la acariciaban, hasta que se enroscaron en su cintura, aferrándola a él.

Gimió al sentir la respiración de Gabriel sobre el cuello, calcinándola, volviéndole la piel hierro fundido capaz de amoldarse a la forma que su abrazo creaba, quedando adherida a él.

Cuando los labios del hombre se posaron sobre su piel erizada, se estremeció, teniendo que clavar sus uñas en los fibrosos brazos que la sujetaban y parecían no querer dejarla escapar nunca.

Capítulo 7. Conjuro

Con la sutileza de un felino corría por la selva. Sus pies cuarteados y desnudos pasaban por encima de piedras, troncos caídos y vegetación. Su respiración agitada hacía más ruido que sus pisadas mientras sus manos ensangrentadas apretaban con firmeza la encomienda que le había sido solicitada por la bruja.

Al llegar a una depresión en la montaña bordeó un inmenso peñasco y se sumergió dentro de un nicho creado con restos de árboles y maleza. Allí encontró escondida a una mujer robusta, de piel negra y cabellos muy rizados moteados de blanco y caoba, que fumaba un grueso tabaco manteniendo la punta encendida en dirección al cielo.

—¡Malditos oráculos! ¿Piensan joderme? —gruñó ella con una voz gruesa que desprendía un olor añejo, impregnado de licor y nicotina—. Siempre hacen lo mismo. Chillan cual viejas sus amenazas.

Volvió a fumar el tabaco y expulsó el humo detallando las formas que este creaba, y eran débilmente iluminadas por la luz de tres velones blancos que descansaban en el suelo, dentro de un triángulo perfecto trazado con cal. La cabeza hueca de una calavera deformada se hallaba en el centro.

—¿Trajiste lo que te pedí? —preguntó en dirección al esquelético negro que acababa de llegar.

El hombre sonrió, mostrando una dentadura deteriorada y amarillenta, y estiró las manos que presionaban un trapo sucio y empapado de sangre.

—Aún *'ta* caliente —expresó con emoción y emitió una risa torpe que fue interrumpida por una tos seca.

La bruja colocó el tabaco en el suelo sin apartar la mirada de la encomienda que le entregaba el negro. La tomó con suma delicadeza y con lentitud la desenvolvió. Sus ojos se agrandaron y sus labios partidos se curvaron en una sonrisa al ver el corazón humano que había pedido.

Lo colocó dentro del hueco de la calavera y encendió un cuarto velón ubicado en la base del triángulo; que era más grande que los otros y de color

rojo.

El negro se alejó dos pasos y se quedó en la entrada del nicho. Observaba con nerviosismo el exterior.

La mujer comenzó a recitar oraciones en una lengua extraña mientras lanzaba sobre el corazón diversos polvos y hojas trituradas que tenía dispuestas en pocillos de barro ubicados a un costado. Tomó una campanilla haciéndola sonar, sin dejar de entonar versos que parecían lamentos.

—Escuchen ahora mis palabras. Los dioses más antiguos de la selva son invocados aquí —comenzó a decir con voz misteriosa, al tiempo que su cuerpo se estremecía con espasmos cortos y violentos—. ¡Seres de la oscuridad y de la guerra, oigan mis ruegos!

Con disimulo el negro se alejó. Sentía un olor desagradable dentro de la cueva que no le permitía respirar con normalidad.

—Toma el jaguar que una vez liberaste y retórnalo ahora. ¡Haz que sus poderes se desvanezcan! —recitó la mujer y agarró un puñal con mango de hueso que tenía escondido bajo la falda del roído vestido—. El trato que no debía ser hecho, dame el poder para verlo desecho. ¡Atrapa al inhumano y encarcela su espíritu en tus llamas! —vociferó mientras levantaba la mano que tenía el puñal. Sus ojos miraron enloquecidos el corazón que descansaba dentro de la cabeza de calavera y parecía haber recobrado sus latidos—. ¡Arde con furia! —rugió con mayor fuerza y clavó el cuchillo en el corazón.

La tierra del suelo alrededor de la mujer comenzó a moverse como si fuera azotada por un tornado y la llama de los velones creció, transformándose en un fuego poderoso que la arropó por completo. Ella observó el fenómeno aterrada mientras el negro gritaba aterrado y corría en dirección a la selva. Escuchaba que algo lo perseguía y eso lo hacía acelerar la huida.

La vegetación tras él se abría con violencia, dando paso a lo que había salido de la cueva y ahora iba por él.

Giró el rostro sin dejar de escapar, pero no pudo apreciar ninguna figura humana, solo la forma insustancial de un inmenso jaguar de ojos ensangrentados que se difuminaba entre un humo negro y espeso, que formaba una estela tras de sí y se golpeaba contra inmensos árboles logrando que estos se sacudieran hasta las raíces.

Aterrado aceleró el paso, divisando a los lejos el claro que dejaba la carretera, pero ni siquiera pudo sentir un ramalazo de esperanza. Se desplomó en el suelo al tropezar con una raíz y encima de él cayó la extraña presencia esfumándose en segundos, como si hubiera sido absorbida por la tierra.

Lo único que quedó fue silencio y el cuerpo sin vida del negro.

Rebeca se sobresaltó al sentir que el abrazo de Gabriel se apretaba y que él levantaba el rostro de su cuello. Abrió los ojos, descubriendo que la celebración de los santeros continuaba. Los músicos repiqueteaban los tambores con más energía mientras el que cantaba repetía con ahínco las oraciones. El sujeto que bailaba en el centro ahora se agitaba con efervescencia al ritmo de la música, sacudiendo la cabeza y los brazos de forma desinhibida, contagiando a otros presentes. Todos en la sala parecían abducidos, menos ellos dos.

Quiso girarse dentro de los brazos del hombre para saber qué le había ocurrido, pero él enseguida la soltó y salió al exterior dejándola allí, sola.

Ella lo siguió, extrañada por su reacción. Lo encontró parado muy quieto junto a su Nissan Patrol, con la mirada clavada en las altas montañas que los rodeaban y las manos cerradas en apretados puños.

—Gabriel —lo llamó, pero no recibió respuesta.

Confundida por su comportamiento echó una ojeada hacia los alrededores, buscando divisar lo que había atrapado su atención, pero no percibió nada fuera de lo normal. Caminó hacia Gabriel y notó que él tenía el ceño fruncido y la vista afincada en el verdor de la montaña que se erguía imponente frente a ellos.

—¿Estás bien? —preguntó y le tocó el brazo para llamar su atención.

Con el contacto, el joven giró el rostro de forma instantánea hacia ella. Sus ojos se mostraron amarillentos y centellantes y de su garganta pareció salir un sonido similar a un gruñido.

Rebeca retrocedió un paso asustada y ahogó un gemido, pero a los pocos segundos Gabriel sacudió la cabeza y la tomó por el brazo para acercarla de nuevo a él con sus pupilas en su tono habitual.

—Perdona... yo...

—¿Qué fue eso?

Ella se soltó de su agarre y volvió a retroceder sin apartar la mirada desconfiada del hombre. Gabriel respiró hondo y se apretó el puente de la nariz.

—Nada... es... Maldita sea —se quejó, y le dio la espalda para sacar del bolsillo de su pantalón su teléfono móvil.

Rebeca se recostó en el auto y cruzó los brazos en el pecho aferrándose a sus codos, sin dejar de evaluarlo. Lo notaba inquieto y enojado. Sentía temor, pero no era el mismo miedo que la embargaba cuando era acechada por sus pesadillas, sino algo diferente que no podía describir y la alentaba a quedarse muy quieta mientras el hombre culminaba su conversación telefónica.

Al menos, los ojos endiablados de pupilas enrojecidas no había sido lo que vio en esta ocasión en la cara de Gabriel, sino unos feroces y protectores, tintados de amarillo, como los de un felino peligroso.

—Jonathan, ¿dónde demonios están? —escuchó que él decía. Una creciente preocupación la embargó. ¿Se estaba volviendo loca? ¿O allí ocurrían cosas que ella jamás había podido imaginar?—. ¿Necesitas que vaya? —Él seguía hablando de espaldas a ella, con la atención puesta en la montaña—. Está bien. Avísame si me necesitas.

Después de cortar la llamada Gabriel se giró con suavidad.

—Creo que es hora de... llevarte a tu casa.

Él mantuvo la mirada en ella por unos segundos, con unos ojos tristes y necesitados. Luego se acercó al auto y abrió la puerta del copiloto esperando que la chica entrara.

Rebeca prefirió callar. Relajó la postura y se dirigió a su asiento.

Mientras él ocupaba su puesto, ella oteó la montaña. No escuchó ni logró divisar nada, pero la piel se le erizó al ver como el atardecer empezaba a sumergir a la selva en una oscuridad diferente, más sombría y atemorizante.

Capítulo 8. La promesa

Esa noche a Rebeca le fue imposible conciliar el sueño. Se paseaba por la casa inquieta, sintiendo una extraña opresión en el pecho.

Marian llegó cerca de la media noche, con el rostro ensombrecido por la preocupación. Entró a la casa, y después de asegurarse de que su hija se encontraba, se dirigió a la cocina y hurgó entre las ollas buscando una pequeña.

—¿Dónde estabas? —le preguntó viendo como su madre se afanaba en poner a hervir un poco de agua.

—En casa de Pablo —respondió con sequedad sin darle la cara.

—Dijiste que nos iríamos de aquí apenas aclararas lo que ocurría con el retraso en los envíos de dinero y llevamos un mes en La Costa, sin haber averiguado nada.

—Se han presentado algunas complicaciones —justificó la mujer aún de espaldas a su hija y al tiempo que sacaba de la alacena el azúcar y el tarro donde guardaba el café.

—¿Cuáles? ¿Por qué no me cuentas? —Miriam continuaba ignorándola, lo que afectó aún más los nervios de Rebeca— Dime algo, mamá. No sigas dejándome de lado.

—¡No lo hago! —exclamó la mujer también al borde de sus fuerzas. Se apresuró por terminar de preparar el café sin notar que su hija ahora estaba sumida en la congoja, con los ojos brillantes por las lágrimas reprimidas.

—¿Qué fue lo que asesinó a mi padre?

Marian detuvo enseguida lo que hacía y quedó inmóvil un instante antes de girarse con lentitud hacia su hija. Su rostro reflejaba un miedo atroz. Uno que se había encargado de ocultar por dieciséis años.

—¿Qué dijiste?

—A mi padre no lo mataron unos delincuentes, fue algo que no es de este mundo —expuso con seguridad, pero invadida por una pena insondable—.

Dime qué lo hizo. Dime qué ocurre en este lugar.

Marian empalideció y negó con la cabeza. Apagó la hornilla y dejó abandonado el café que preparaba para irse cabizbaja hacia su habitación. Rebeca la detuvo sosteniéndola de un brazo para obligarla a darle la cara.

—Mamá, por favor. Necesito saber qué ocurre.

—No... no... —comenzó a repetir Marian mientras sus lágrimas corrían por sus mejillas. Rebeca ya había presenciado los ataques de pánico de su madre y la forma en que la mujer se bloqueaba a lo que ocurría a su alrededor buscando calmarse.

La sintió temblar, así que la soltó, viendo como la mujer se marchaba de su lado con pasos torpes y apurados. Emitió un quejido y aferró ambas manos a sus cabellos para exteriorizar la cólera que la embargaba. Esa noche no recibió ninguna respuesta, solo evasivas.

Los días pasaron ahogados en una tensa calma. Rebeca se esforzaba por controlar la ansiedad concentrada en la creación de nuevos diseños de prendas inspirados en el cacao que cosechaban. Desarrollaba modelos complejos para asegurarse de pasar horas entre alambres, piedras semipreciosas y cristales. Sin embargo, el trabajo no lograba arrancarle de la cabeza el recuerdo de Gabriel y de sus cambios misteriosos, ni las dudas que se acumulaban en su cabeza.

—Voy a salir. Cierra temprano la tienda —le dijo su madre cierta tarde mientras sacaba de la caja registradora las ganancias del día.

Ese fin de semana habían vendido más de lo esperado. Los extraños sucesos que ocurrían en la región atrajeron a muchos turistas.

Se podía divisar en las calles a periodistas mezclados con policías, curiosos y fanáticos religiosos y de las ciencias ocultas, todos ansiosos por conocer las razones de lo sucedido. El día en que Gabriel la llevó a conocer los pueblos de La Costa desapareció una joven extranjera que estaba de visita en la región, pero además, un habitante de la zona había sido encontrado sin vida en extrañas circunstancias cerca de la carretera y los pescadores no paraban de comentar que los peces habían abandonado el mar.

Durante días la pesca había sido casi nula. Lo poco que caía en las redes estaba muerto o maltratado. No servía para la venta.

Los pobladores comenzaron a preocuparse. Algunos asistían a las iglesias o realizaban oraciones colectivas frente al mar. Otros participaban en variados rituales de santería, para intentar detener la condena que al parecer, había caído sobre ellos. Aseguraban que los hechos ocurridos fueron obra divina, aunque no estaban seguros de si era un castigo enviado por un ser celestial o el resultado de malas prácticas mágicas.

Rebeca no sabía en qué creer. La zona estaba inundada de seguidores de diversas sectas religiosas, así como de no creyentes, generándose opiniones diversas. En otro momento de su vida se reiría de esas teorías y apoyaría la hipótesis policial que mencionaba la presencia de un sujeto peligroso, o quizás varios, que huía de la ley y se escondía en la selva siendo capaz de secuestrar y asesinar. El tema de los peces se lo atribuiría a algún cambio en las corrientes marinas, pero la actitud cerrada de su madre y del resto de los miembros de la Sociedad la llenaba de dudas y preocupaciones.

—¿Vas de nuevo a la casa de Pablo? —le preguntó a Marian cuando esta se disponía a salir.

—Sí. Regresaré tarde. Quédate dentro de la casa, no vayas esta noche al malecón —pidió la mujer sin mirar a su hija a los ojos. Terminó con rapidez su labor y se marchó sin despedirse.

Rebeca la observó con detenimiento. Su madre, antes de viajar a La Costa, le había asegurado que la estadía sería corta y que duraría el tiempo necesario para cortar todo lazo con la Sociedad. Sin embargo, ella parecía cada vez más involucrada en los negocios. Se reunía a diario con los líderes, con los abogados o los trabajadores, y evaluaba en persona que se cumpliera con los acuerdos que se firmaban.

A Rebeca, en cierto modo, le encantaba que su madre tuviera esa actitud. Esa preocupación la alejaba de la depresión, pero odiaba que a ella no la incluyera.

Esperaba contar el apoyo de los chicos para obtener respuestas, había hecho buenas migas con Javier y ansiaba acercarse más a Gabriel. No obstante, desde que comenzaron a suceder eventos extraños en La Costa, ambos estaban distantes.

Javier la llevaba casi a diario a la cosecha, pero esquivaba cualquier tipo

de interrogatorio, al igual que el resto de los chicos, y Gabriel se mantenía silencioso y melancólico. En ocasiones la miraba con una intensidad abrumadora, pero cuando Javier se acercaba se transformaba por completo, comportándose de manera irritante.

Una hora después de que su madre se marchara se dispuso a cerrar la tienda. Afuera la noche comenzaba a caer y se veía gran movimiento de turista que dejaban la playa y se encaminaban hacia la plaza principal del pueblo, para tomar el bus que los llevaría de regreso a la ciudad. Al entrar en la casa recibió un mensaje de texto en su teléfono móvil: «¿Podemos conversar?».

El corazón se le propulsó a mil por horas. El mensaje era de Gabriel.

Le respondió con un «SÍ» en mayúsculas, manteniendo una inmensa sonrisa en los labios. «Estoy en el rompeolas», le contestó el hombre.

Sin dilatarse, ella salió apresurada hacia el malecón, olvidando la exigencia de su madre. Esquivó a los turistas que transitaban por la plaza y bajó a toda velocidad los escalones de piedra que daban acceso al mar.

En segundos llegó al rompeolas más largo y oteó con ansiedad la franja de enormes piedras que nacía en la arena y se adentraba por varios metros hacia las profundidades del agua. Al divisarlo, sentado sobre una gran roca con la mirada clavada en ella, los brazos apoyados en las rodillas y los cabellos castaños agitados por la perenne brisa marina, sintió que todo en su interior estallaba de júbilo. Hizo un gran esfuerzo por serenar sus impulsos y escaló con calma las piedras para llegar a él, evitando una caída aparatosa. Lo vio sonreír cuando estuvo a su lado.

Él se levantó y le apartó los mechones de cabello que a ella le tapaban el rostro.

—¿Cómo estás? —preguntó el hombre. Los ojos de Rebeca brillaron con intensidad. El contacto de los dedos de Gabriel en su piel la estremeció.

—Bien. ¿Y tú?

Él asintió sin apartar su profunda mirada de ella. Parecía agotado.

—Pasé a saludarte. En la cosecha nunca tenemos tiempo de conversar y en las noches... se me han presentado otros asuntos.

Gabriel dirigió el rostro hacia el mar. Las calmadas olas rompían sobre las

piedras y los bañaban con diminutas chispas de agua que se mezclaba con la brisa.

—Me alegra que estés aquí —dijo la joven, con intención de sacarlo de su letargo, pero Gabriel no parecía reaccionar. Repasaba el oscuro horizonte como si ansiara encontrar en él alguna respuesta—. Nunca he podido darte las gracias.

Esas palabras lograron que él abandonara su escrutinio y la mirara de nuevo a los ojos. La tristeza que podía notar en ellos, a Rebeca le hacía daño.

—¿Por qué?

—Por salvarme. —Él apretó el ceño—. Hace dieciséis años, el día en que murió mi padre.

Las facciones del rostro de Gabriel se relajaron por completo.

—Pensé que no recordabas nada de ese día.

—Recuerdo algunas cosas, pero sobre todo, a ti —reveló ella—. Te quedaste conmigo bajo la mesa y tomaste mi mano. Por eso en ningún momento sentí miedo.

El hombre respiró hondo y volvió a mirar el mar. Ella le tomó una mano y entrelazó sus dedos con los de él. Gabriel apretó el agarre, sin apartar la vista del infinito. Se mantuvieron así por algunos segundos. Ambos admiraban el eterno vaivén de las olas.

Rebeca recostó la cabeza en el hombro de Gabriel y con la mano libre le acarició el brazo.

—Mi madre no quiere que recuerde nada, pero yo quiero hacerlo. Me siento unida a este lugar. —Subió el rostro en busca de su mirada. Gabriel no pudo evitarla. Rebeca era como un imán de fuerte atracción para él—. Me siento atada a ti.

El joven le acarició el rostro con la mano libre, luego se inclinó, buscando aspirar su aroma con los ojos cerrados y frotó la nariz de la chica con la punta de la suya. Sentía por ella una necesidad apremiante. Sin embargo, había algo que le impedía dar otro paso.

—Será mejor que regreses —le dijo e intentó alejarse, pero Rebeca se lo impidió. Lo tomó por el cuello de la camisa y lo obligó a acercarse más. De

esa manera pudo llegar hasta sus labios.

El beso fue más urgente de lo que ambos esperaban. Un dolor punzante se les agolpó en el pecho mientras sus bocas se fundían. Gabriel tomó la cabeza de la chica con ambas manos para retenerla y poder sumergirse más profundo en ella. Quería poseerla por completo. La necesitaba.

Rebeca se sentía sin fuerzas. La lengua de Gabriel la invadía y llegaba a lo más recóndito de sus emociones. Cuando él detuvo el beso tuvo que sostenerse de los brazos del hombre para no caer, tenía el cuerpo laxo, no se creía capaz de mantenerse en pie.

Gabriel le rodeo la cintura y la aferró a él. Sin embargo, ella lo sentía tenso.

—¿Por qué no quieres amarme? —preguntó frustrada.

—No puedo —respondió con cansancio y apoyó su frente en la de Rebeca sin abrir los ojos.

—¿Por qué?

—Si lo hago... te condenaré.

La chica alejó el rostro para obligarlo a mirarla a los ojos.

—Tu rechazo también es una condena.

A Gabriel la tristeza lo consumía. Con una mano le acarició la mejilla y los labios.

—Será mejor que regreses a tu casa —pidió.

—No.

—Rebeca...

—Dame una respuesta —exigió enfadada—. Mi madre quiere cortar todo tipo de relación con la Sociedad y que nos marchemos para siempre de La Costa —confesó con amargura. Gabriel endureció el rostro. Sus ojos reflejaban la ansiedad que le atormentaba el alma—. Quiero quedarme, pero necesito un argumento...

Él le cerró los labios con un dedo.

—Hay verdades que son muy difíciles de explicar. Sobre todo, cuando nunca has escuchado de ellas.

—Inténtalo —rogó. Sus manos se introdujeron en los cabellos de Gabriel, le acarició con suavidad la nuca y enredó los dedos entre las hebras del pelo.

—Dame tiempo. No quiero lastimarte —suspiró—, ni permitiré que otro lo haga. —Ella lo miró confundida—. Si elimino el problema, ¿te quedarás conmigo?

El corazón de Rebeca se llenó de esperanza. La idea de estar junto a él la embargaba con una alegría desconocida.

—Sí —respondió sin titubeos. Siempre había sido espontánea, más aún en ese momento de su vida, en que las emociones la dominaban.

Él volvió a suspirar. Una mueca intentó dibujarle una sonrisa en el rostro, pero estaba tan ansioso que no podía controlar sus acciones.

—Haré hasta lo imposible porque estemos juntos. Te lo prometo.

Ambos se abrazaron, con fuerza, y cerraron los ojos mientras esperaban que el torbellino de sensaciones cesara.

Para Rebeca aquello era indescifrable. Sentir algo tan fuerte por alguien con quien había compartido tan poco debía preocuparle, pero no podía ni quería evitarlo. Las emociones la superaban. Luchar contra ellas la llenaría de más ansiedades y tristezas.

Por primera vez su corazón y su conciencia se aliaban, y le gritaban con fuerza que se dejara llevar, que aceptara su destino, aunque este estuviera impregnado de misterios.

Capítulo 9. El enlace

Para Rebeca, una muchacha de ciudad acostumbrada a la tecnología y a los exclusivos beneficios del progreso, el ambiente rural de La Costa debió resultarle apabullante. Sin embargo, la chica logró encajar con rapidez en el estilo de vida sencillo y natural que esta ofrecía e iniciaba antes del alba, con la sensación de la pronta llegada del sol, un presentimiento que no solo era captado por los animales, sino también, por cada uno de los habitantes que se dejaba absorber por la magia de la selva; y culminaba durante la noche, con el arrullo maternal de la tierra, que abrigaba con el frescor que brotaba de sus poros a quienes se consideraban sus hijos.

La chica, cuando no se pasaba los días atendiendo el negocio de orfebrería, se marchaba a las tierras de la Sociedad para ayudar en lo que pudiera. Fue así como se relacionó con los hombres que trabajaban sin descanso, haciendo crecer las cosechas o trayendo del mar unos peces de carne gruesa y suave, que se deshacían en su boca y hacían estallar sus pupilas gustativas. Y con las persistentes mujeres, que laboraban codo a codo con los hombres, pero quienes además tenían la facultad de dirigir con mano firme sus hogares, velaban por los hijos y eran capaces de transformar los frutos de esa tierra en exquisiteces que en nada tenían que envidiarle a los postres de los afamados chef que ella había conocido en la capital.

La magia parecía estar asociada a sus genes, porque todo lo que creaban resultaba tan asombroso que tenían cautivada a la joven.

En pocos días Rebeca modificó sus costumbres para igualarse a las de ellos, pero no lo hizo por obligación, sino de manera natural, como si en vez de asumirlas las rescatara del olvido, llevándolas de nuevo a su vida.

Sin inconvenientes se sumergió en la cultura propia de esa gente, a la que consideraba su gente. En los almuerzos compartidos al aire libre, en la atención exclusiva a los turistas tratándolos como reyes para que regresaran pronto y en el cuidado y respeto por la flora y fauna. Allí nadie era individualista ni desinteresado, vivían como una gran familia y veían al pueblo como si fuera una vecindad.

La selva también se volvió parte importante de su existencia. Las montañas que rodeaban a La Costa estaban ubicadas sobre una cordillera vasta, poblada de innumerables especies de animales como el inquieto mono araguato, el colorido sapito rayado, la orgullosa águila arpía y el poderoso jaguar. Formaba parte de un Parque Nacional que poseía las más variadas especies de aves e insectos del país, y era puerto migratorio. Agua pura brotaba de las rocas y el clima resultaba tan placentero que hacía crecer con fortaleza el cacao que cosechaban.

Fue en esa selva que ella se dejó llevar por sus hormonas y se entregó en cuerpo y alma a un sentimiento que no paraba de crecer en su interior.

En las tardes, antes de que culminara la jornada laboral, Rebeca colaboraba organizando los materiales de trabajo o repartiendo a los empleados algún refrigerio. En ocasiones sentía un zumbido en los oídos y un cosquilleo en el vientre que la empujaba de forma involuntaria a dirigir la vista hacia el verdor de las imponentes montañas. Al principio se esforzaba por ignorar aquellas sensaciones, pero el viento parecía susurrarle ruegos. Así que se colaba a través de los pequeños senderos trazados entre la maleza, escuchando el tintinear de los frutos cargados de semillas de los árboles, que canturreaban como si le indicaran un camino a seguir.

Corría entre helechos y palmeras, llevándose por delante hierbas y plantas trepadoras hasta que la tupida vegetación apaciguaba los sonidos producidos por los humanos y la sumergía en el barullo incesante del paraje selvático.

En cierto punto el viento se callaba y le daba oportunidad al río para que le hiciera llegar sus llamados. Allí Rebeca continuaba su huida hasta que se topaba con la orilla empedrada.

En ese sitio siempre lo encontraba, acuclillado sobre las rocas como un felino a la espera de su presa, clavando en ella la profundidad de sus ojos negros que la hipnotizaban dejándola sin voluntad.

—Gabriel...

Él, cada vez que oía su nombre murmurado por esos labios hinchados de súplicas, reaccionaba como un chiquillo frente a un juguete atractivo y novedoso. Bajaba de su atrio de vanidades y se aproximaba a ella con precaución, sabiendo que al caer en sus brazos se transformaría en nada,

volviéndose su todo.

La agarraba por la cintura, como se toma a un durazno maduro y jugoso, y olfateaba con profundidad la piel de su rostro y cuello, llenándose los pulmones con el dulce aroma que le volvía la boca un mar inquieto.

Como a los globos de hule, su corazón se expandía y comenzaba a volar lentamente hacia el firmamento. La fuerza del helio contenido en la mirada tierna de aquella joven enfurecía a la gravedad que le imponía mantener los pies en la tierra. Pero no solo los ojos de la chica tenían en él tal poder, sino también sus besos, que eran capaces de romper cualquier imparcial ley natural y lo hacían elevarse entre una bruma de deseo y arrobo.

—Quédate conmigo.

Aquellas palabras sopladas en el oído de Rebeca hacían que todo el cuerpo de la chica se agitara y reaccionara por la conmoción. Le arrancaban la capa superior de la piel, dejándola vulnerable ante los elementos, y calentaban su núcleo, provocando una voluptuosa erupción de sentimientos que le producían una sensación de apremio y hambre.

Hambre por los labios del hombre, que no parecía extinguirse por más que los chupara y mordiera; por su anatomía dura y ardiente, que quedaba memorizada para siempre en las palmas de sus manos, y por sus atenciones, que no dejaban de moverse a través de toda ella invadiendo sus rincones más íntimos.

Gabriel la apresaba entre sus brazos permitiendo que Rebeca ocupara su mismo espacio. Le alzaba la falda y hundía una mano entre sus piernas quemándose con el ardor que goteaba de su sexo. La penetraba con uno de sus dedos, de la misma manera en que lo hacía su lengua dentro de su boca, enlazándola para sorber sus gemidos y moverse en círculos en su interior, hasta que aquello no podía ser soportado.

Con delicadeza la ubicaba sobre la hierba y le quitaba la ropa como si fuera la cáscara de una fruta. Se la comía sin prisa, paseando por sus labios cada trozo, inundándose de un sabor que nunca olvidaría, porque quedaría tallado en su subconsciente.

Esos encuentros cada día se volvían más asiduos. Ambos se perdían entre la espesura de la montaña y se ocultaban bajo sus sombras, como si fueran parte

de los secretos hilvanados en ella.

Se amaban sin descanso, apretando alrededor de sus existencias un lazo que nadie desataría. Al menos, no por medios humanos.

Capítulo 10. La fuente del mal

—¿Qué tanto haces en la cosecha? —le preguntó Marian a su hija cierto día mientras la observaba desde la puerta de la habitación.

—Lo mismo que haces tú con los líderes: trato de conocer a los trabajadores y cada proceso de la siembra del cacao —respondió Rebeca sin apartar su atención del espejo, para terminar de recogerse el cabello en una cola alta.

Marian respiró hondo y cruzó los brazos en el pecho.

—Encontraron a la joven desaparecida —dijo con la mirada dirigida al suelo y la voz impregnada de pesar—. Estaba muerta. Le arrancaron el corazón.

Rebeca dejó lo que hacía y se giró hacia ella con los ojos tan abiertos como platos.

—La sangre que hallaron en las manos del negro que apareció muerto cerca de la carretera, era de ella. La policía supone que se trata de una secta religiosa. —Alzó el rostro para mirarla. Sus pupilas reflejaban angustia—. Buscan en la región a grupos que practiquen magia negra.

Por algunos segundos Rebeca quedó petrificada. Finalmente, y con inseguridad, continuó con el arreglo de sus cabellos.

—¿Por qué una secta? ¿No podrían ser personas que roban órganos para venderlos en el mercado negro?

—Esa gente tendría cuidado al sacar el corazón de la víctima. Lo necesitan intacto. A la mujer la asesinaron de forma despiadada, en medio de la selva y con un cuchillo amellado.

Rebeca suspiró, dejó el peine que utilizaba sobre una cómoda y se giró hacia su madre. Comenzaba a comprender la razón de sus comentarios.

—Mamá, sé cuidarme. Además, no estaré sola. Javier es quien me lleva a la cosecha y allá siempre estoy acompañada. Gabriel...

—¡Él es uno de los problemas! —la interrumpió Marian con voz firme.

Rebeca la observó confundida. Su madre había bajado los brazos y tenía las manos apretadas en puños y el rostro crispado.

Ella endureció la mandíbula y se quedó muy quieta, esperaba las represalias que habían tardado en llegar.

—Gabriel Veldetta no está bien —alegó la mujer—. Los líderes están preocupados por él.

—Conmigo no se ha mostrado...

—¡Se ha vuelto violento! ¡Lo consideran un peligro! —insistió. El cuerpo de Rebeca se tensó. No pudo evitar cerrar también las manos en puños.

—¿Un peligro? He pasado tardes enteras con él y jamás me ha hecho nada —lo defendió. En varias oportunidades ella había podido notar la actitud arisca y recelosa que Gabriel mantenía con el resto de los miembros de la Sociedad, incluso, con los trabajadores que lo importunaban, pero con ella su comportamiento era completamente diferente.

—No quiero que vuelvas a estar a solas con él. ¡Mira lo que le sucedió a esa pobre chica! —expresó Marian alterada y alzando los brazos por sobre su cabeza.

Rebeca abrió la boca y señaló a su madre con un dedo acusador, dispuesta a exponer un sinfín de motivos por los que consideraba una ofensa la acusación que se ocultaba en aquellas palabras, pero se mordió los labios para no perder los estribos en medio de una discusión.

—Gabriel no tiene nada que ver con esos asesinatos —fue su único alegato.

Marian relajó la postura y se acercó a su hija. Sus ojos brillaban.

—No lo sabes. Es posible que él esté manipulado —dijo y comenzó a caminar por la habitación con nerviosismo—. Cuando pierden la humanidad son incontrolables...

—¿Qué? —Ahora fue Rebeca quién interrumpió la conversación. Marian se quedó inmóvil, le daba la espalda a su hija, y con una de sus manos se tapaba la boca—. ¿De qué estás hablando, mamá?

El tiempo pasaba y el silencio de su madre se hacía cada vez más intolerable. Rebeca tuvo que rodearla para quedar frente a ella. La notó pálida y cabizbaja, con una lágrima rodando por su mejilla.

—¿A qué te refieres con eso de que «pierden la humanidad»? —insistió. Marian se enderezó con lentitud y tragó saliva mientras observaba a su hija con resignación. Entrelazó las manos frente a su vientre y abrió la boca para hablar, pero un golpeteo en la puerta principal le impidió emitir algún sonido. Pegó un respingo antes de salir en carrera para atender la visita.

Rebeca la observó marcharse, luego tuvo que cerrar los ojos y respirar hondo para calmar el ciclón de ira que se le había desatado en el pecho. Al salir, se encontró a Javier parado muy firme en la entrada. Su cuerpo musculoso tapaba los rayos de luz y sumergía a la pequeña sala en sombras.

—¿Lista? —le preguntó con el rostro serio y las manos ocultas en los bolsillos del pantalón. Parecía molesto.

Rebeca asintió y le dirigió a Marian una mirada llena de reproches. Tomó la bandolera que había dejado sobre una repisa junto a la puerta y pasó a su lado para salir de la casa. Al darles la espalda no pudo notar las miradas que compartieron Javier y su madre.

Marian reconoció en el brillo de las pupilas del joven al monstruo que estaba aprisionado en su cuerpo, mezclado con la cólera que lo embargaba. Lo observó alejarse aterrada, sin tener plena seguridad de dónde se hallaba la maldad que rondaba a su hija. Si en Gabriel Veldetta o en él.

Capítulo 11. Enfrentamiento

De camino a la cosecha, Javier se mantenía silencioso. Su mirada la tenía fija en la carretera, parecía lejano y furioso. Rebeca prefirió no molestarlo para no aumentar su mal humor. Sin embargo, al notar la herida que él tenía en el brazo se alarmó.

Javier se había recogido la manga hasta el codo y de ella sobresalían unas marcas rojizas similares a un profundo rasguño; la sangre, aún fresca, manchaba la tela oscura.

—¿Qué te sucedió? —preguntó. El hombre apartó la mirada de la vía un momento para observarla confundido. Al percatarse a qué se refería, endureció el rostro.

—Nada. Tuve un accidente esta mañana.

—Tienes la herida descubierta, debes curarla o se te infectará.

—No te preocupes, pronto sanará, la limpié antes de salir —respondió con una mueca de fastidio.

—Esas heridas no sanan rápido, parece que la tienes desde el hombro por la mancha en la camisa. Deberías haberte puesto una gaza —insistió, pero él parecía indiferente—. ¿Cómo te lastimaste?

Javier respiró hondo y aceleró el vehículo.

—No es nada. Olvídate de la herida —exigió en tono severo, sin mirarla.

Ella se mordió los labios para no preguntar más. Era evidente que esa era la causa de su actitud iracunda.

Se detuvieron a un costado del camino, tras un camión de carga donde Gregory descargaba sacos de abono.

—Espera aquí un momento. Necesito hablar con Jonathan —indicó Javier y bajó del vehículo sin esperar una respuesta.

Ella lo observó alejarse del auto y acercarse al lugar donde se encontraban Jonathan y Deibi, quienes evaluaban el tronco de una de las plantas de cacao ubicada a varios metros de distancia. Se sentía tensa. Ese día no había

comenzado con buen pie. Giró el rostro al otro lado del camino, donde pudo observar a Gabriel que se aproximaba a ella con rostro de pocos amigos.

Él estaba sin camisa y su postura colérica, de puños cerrados, no parecía anunciar buenos augurios.

Salió de la camioneta para conversar con el joven. El corazón se le impulsó al tenerlo cerca y recibir su mirada abrasadora.

—¿Qué demonios haces con Javier? —reclamó Gabriel entre dientes. Rebeca agrandó los ojos.

—Me lleva a los patios donde secan las semillas de cacao, como lo ha hecho en otras ocasiones —aclaró extrañada.

Él se quedó inmóvil. La observaba con intensidad y con el entrecejo apretado. Por su cercanía, Rebeca se sintió tentada a bajar la mirada y detallar su torso desnudo, eso le permitió divisar los arañazos que tenía marcados en los brazos y el pecho.

—¿Qué te sucedió? —indagó e intentó tocarlo, pero el joven retrocedió.

—Nada. No deberías estar aquí. Mucho menos con él.

—Rebeca pasa casi todas las mañanas conmigo. —La respuesta de Javier resonó tras la chica. La joven volteó el rostro para verlo acercarse con una sonrisa de suficiencia en los labios.

Gabriel se aproximó hacia él con una lentitud pasmosa. Su postura se tensó aún más.

—Aléjate de ella —le advirtió con evidente amenaza, pero Javier lo que hizo fue aumentar la sonrisa y encararlo con desafío.

—Que sea ella quién me lo pida.

Rebeca pensó que pronto comenzaría una pelea. Sintió alivio al ver la portentosa mano de Jonathan posándose sobre el pecho de Javier, haciéndolo retroceder.

—No estamos en un buen lugar para continuar con estos juegos.

Sus palabras parecieron calar en ambos. Javier borró del rostro la sonrisa triunfal y Gabriel relajó la postura.

—Rebeca, sube al auto. Nos marchamos —ordenó Javier.

—Ella no va a ningún lado contigo —rugió Gabriel y volvió a asumir una actitud retadora. Javier no dudó en responder de la misma manera, esta vez, la intervención de Jonathan no parecía suficiente para calmarlos.

—Puedo ir sola —expresó Rebeca, molesta por la situación que se producía por su causa. Pero se arrepintió al obtener la mirada furiosa y desaprobatoria de todos los presentes—. O podría ir con Ismael —propuso de inmediato y señaló al empleado de piel oscura y cabellos blancos y rizados que miraba nervioso el conflicto junto al camión de carga.

Cuando el hombre escuchó que lo incluían en la conversación se sobresaltó.

—Me parece una propuesta sabia —expuso Albert, el hijo del líder Pablo—. Ismael puede llevarla, así nosotros nos encargamos de las plantas que están enfermas. Si no las curamos, pronto infectarán a las demás y podemos perder la cosecha.

Un tenso silencio reinó entre ellos por casi un minuto. Rebeca observaba a cada uno con atención. Los seis hombres se miraban entre sí con recelo, alertas al más mínimo movimiento del otro. En sus ojos brillaba una clara amenaza.

—No tengo problema en llevarla —dijo con inseguridad el negro Ismael desde su posición y mientras retorció una gorra desgastada entre las manos.

Rebeca no esperó respuesta de nadie. Se encaminó con prontitud hacia el camión, detallando cómo Gregory bajaba de él sin dejar de vigilar al resto de sus compañeros, preparado para saltarle encima al que hiciera un movimiento brusco.

El empleado, al verla dirigirse hacia su auto, corrió al asiento del piloto y encendió el motor.

Al ponerse en marcha, ella giró el rostro en busca de Gabriel. Lo vio parado muy quieto, siendo rodeado por Jonathan y Deibi. Albert y Gregory se ubicaron frente a Javier, para servir de muro de contención entre Gabriel y él.

La joven sintió que en su estómago se expandía un hoyo de incertidumbre y angustia.

—¿Qué sucede aquí? —susurró para sí misma, pero Ismael atajó la pregunta como si fuera para él.

—El diablo perturba a la bestia, señorita. Si no lo detenemos pronto, se desatará una tragedia —fue su respuesta, algo que la llenó aún más de dudas.

Capítulo 12. Confesiones

En la soledad de su habitación, Rebeca no podía dejar de pensar en lo ocurrido durante el día. La actitud iracunda de los hombres en la cosecha, el miedo exagerado de los habitantes por los misteriosos sucesos que se producían en la región y el comportamiento quisquilloso de su madre por el tema de los asesinatos, le tenían los nervios a flor de piel.

No podía dormir, leer o distraerse con alguna otra actividad, ni siquiera era capaz de mantenerse quieta en un solo sitio. Oteaba el trozo de calle, vacía y en penumbras, que podía apreciarse desde la ventana, abrumada por tanta quietud.

El sonido de su teléfono móvil la sobresaltó. Corrió hacia la mesita de noche y lo tomó para revisar los mensajes de texto. Un oleaje de sensaciones se le agitó en el pecho al ver que Gabriel le escribía: «¿No puedes dormir?». Ella arrugó el ceño y le respondió: «¿Cómo sabes?». Pasaron varios segundos antes de que él volviera a enviarle un mensaje. El lento paso del tiempo la ponía más ansiosa.

«¿Puedes salir? Estoy en el malecón». Le molestaba que sus preguntas tuvieran como respuesta otra interrogante, pero no perdió tiempo en reclamos. Se colocó con rapidez unas sandalias de cuero y un sweater gris con cierre frontal, y salió en carrera hacia la plaza.

Su madre aún no había llegado de una reunión de trabajo en la casa del líder Pablo, así que no tenía que preocuparse en dar explicaciones por su repentina salida.

Afuera la noche estaba asentada y la débil luz de una luna cuarto menguante sumergía a las calles en sombras. Corrió hasta la plaza amurallada que precedía al mar, poblada por escasos turistas, y al divisarlo, sentado en un amplio banco de cemento con los brazos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas, sonrió.

En segundos llegó a su lado mientras él se levantaba y abría los brazos para recibirla.

Después de un abrazo efusivo, de decenas de besos urgentes y caricias, ella recordó las heridas de sus brazos y pecho y comenzó a evaluar su estado levantándole la camisa. Para su sorpresa, Gabriel no tenía ni una sola marca.

—¿Cómo es posible? —lo miró confusa. Él la tomó por los brazos para sentarla en el banco y se acomodó la camisa.

Quedaron frente al oscuro mar, cuyas livianas olas creaban una línea de espuma sobre la arena.

—No quiero que estés cerca de Javier —exigió él con tono autoritario. Rebeca observó por un momento las facciones endurecidas de su rostro.

—Dime que está pasando —pidió, dispuesta a obtener respuestas.

Después de una silenciosa reflexión Gabriel no pudo hacer otra cosa que darle lo que le pedía.

—¿Tu madre te ha hablado sobre las costumbres mágicas de la Sociedad?

—¿Mágicas? —inquirió ella con el rostro saturado de confusión.

—Somos descendientes de indígenas, herederos de una cultura rica en tradiciones y ritos propios, así como de virtudes y dotes mágicas. —La voz de Gabriel se volvió melancólica. Rebeca notó en su mirada el cansancio que lo agobiaba—. Hay algo dentro de mí, y dentro de mis hermanos, que nos hace diferentes a los demás, pero también, peligrosos.

Ella agrandó los ojos. Gabriel tomó las manos de la chica y las cubrió con las suyas.

—Pero eso no significa un peligro para ti, nuestro amor nos protege. Así como nuestro destino.

—¿A qué te refieres? —consultó ella con asombro.

—Nosotros creemos que cada ser humano está enlazado a otros en el plano espiritual creando una unión universal —explicó—. Emocionalmente estamos atados a familiares con quienes compartimos un lazo de sangre, pero también, a otros por un lazo sentimental. Nuestros ancestros acostumbraban consultar oráculos para conocer los lazos que atan a cada miembro de la Sociedad y pueden condicionar nuestras existencias. Fue así como supe desde niño que mi vida estaba emparentada con la tuya, ya que nuestros oráculos están relacionados. Por eso es imposible que mi condición te haga algún daño.

—¿Emparentados?

—Sí. Tenemos una misión en común.

—¿Cuál? —indagó Rebeca fascinada por lo que escuchaba, pero Gabriel se mostró preocupado.

—No lo sé con exactitud. Lo descubriremos cuando sea el momento —mintió para calmar la curiosidad de la joven. No quería agobiarla con tantas verdades.

—Si es así, ¿por qué esperaste tanto tiempo a mi regreso? ¿Por qué no me buscaste en Caracas?

—Mi vida no ha sido fácil —alegó él con una mueca de disgusto—. Desde que murió mi madre, dieciséis años atrás, todo se ha vuelto más complicado. He tenido que soportar solo mi condena. Mi padre odia estas tierras y así como tu madre, no aprueba nuestras prácticas y tradiciones.

Rebeca se frotó las manos con ansiedad y con la cabeza llena de dudas que se apilaban una sobre otras en una torre interminable.

—Eso quiere decir que lo que siento por ti, ¿es producto de nuestros oráculos?

Gabriel la rodeó con los brazos y la acercó más a él.

—Al estar nuestros oráculos relacionados no podemos evitar sentir ciertas emociones cuando estamos cerca, pero está en nosotros avivar esos sentimientos o rechazarlos. Podemos aceptar el designio y llevarlo a cabo, ya sea como amigos o como algo más.

Ella levantó el rostro para mirarlo a los ojos.

—Yo quiero que sea como algo más.

Él la besó con necesidad, acarició su rostro y hundió los dedos en sus cabellos.

—Yo también lo quiero así —le confesó, con la frente apoyada en la de ella y los ojos cerrados.

—Pero, ¿por qué dices que soportas una condena? —consultó, recordando que esa fue la excusa que él utilizó para explicar porque nunca había ido en su búsqueda.

La pregunta obligó a Gabriel a apartar su rostro de ella. De nuevo las facciones se le endurecieron.

—Porque mi oráculo, además, está mezclado con una profecía que te juro, jamás se cumplirá.

Rebeca arrugó el ceño con inquietud.

—¿Una profecía? Eso, ¿podría separarnos?

—No —expuso él con determinación y la miró fijamente—. Nada lo hará.

—Entonces, ¿cómo nos afecta?

Gabriel la soltó y se incorporó en el banco para apoyar los brazos en las rodillas.

—¿Puedes ver la vegetación de la montaña? —preguntó Gabriel y señaló los inmensos montículos de tierra que tenía en un costado. Lo único que Rebeca divisaba, gracias a la luz de la luna, era una capa apretada de vegetación bañada en sombras—. Debajo hay cientos de retoños que necesitan luz para crecer, pero el ramaje de los árboles más altos no deja pasar suficientes rayos de sol. Llegará el momento en que la naturaleza preferirá sacrificar a uno para que puedan crecer esos nuevos brotes. Es parte del ciclo evolutivo de la vida.

Rebeca se estremeció y sin explicación, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Somos parte de la naturaleza —continuó Gabriel—, estamos atados a sus designios. Ella nos otorgó su fuerza y espera que le brindemos eternamente tributo por eso, pero nuestra condición humana nos permite desafiarla cuando no estamos de acuerdo con sus preceptos. Podemos evitar que el ciclo evolutivo se cumpla y es lo que pienso hacer.

Ella se mostró contrariada.

—Si haces eso, las cosas podrían salirse de control.

—Tal vez, pero tengo los medios para evitar que eso suceda.

Ella acarició la zona del brazo donde había visto las heridas de garras. Recordó las heridas de Javier y la amenaza que algunos miembros de la Sociedad reflejaban en sus ojos.

—¿Qué hay dentro de ustedes?

—El motivo por el que tu madre quiere alejarte de este lugar y la causa de la muerte de tu padre.

La joven lo observó con tristeza y acarició su rostro.

—La bestia —sentenció Rebeca en susurros, recordando lo que el negro Ismael había dicho el día en que la sacó de la cosecha: «El diablo perturba a la bestia»—. ¿Fue eso lo que mató a mi padre?

—No. Fue por eso que asesinaron a tu padre y a muchos otros miembros de la Sociedad, como a mi madre.

Rebeca arrugó el ceño, lo que obligó a Gabriel a mejorar su explicación.

—La bestia es un poder ancestral que nadie puede manipular, nosotros solo hemos aprendido a vivir con ella. Pero hay personas fuera de nuestra Sociedad que al saber sobre esa fuerza creen que pueden controlarla y se valen de cualquier medio para hacerlo. —Él respiró hondo y dejó perder su mirada en las losas de cemento cubiertas de arena del suelo de la plaza—. A ellos no les importa si nos hacen daño con sus pretensiones, pero eso activa a nuestros oráculos y profecías, para defendernos del mal.

—¿Los activa?

Él la observó fijamente a los ojos.

—Sí, acelera su proceso empujándonos a emprender el destino que ellos crearon.

La chica lo observó con una mezcla de sorpresa y angustia en su mirada. Pensó que al conocer la verdad se apaciguarían sus temores, sin embargo, lo que experimentaba en su pecho era lo contrario.

Capítulo 13. La piel del deseo

Para sosegar los nervios de la chica, Gabriel la tomó de la mano y la levantó del banco dispuesto a dar una caminata con ella.

Al pasar el malecón, la línea de costa se sumergía por una oscuridad solo amparada por la luz de la luna y precedida por una arena salpicada de una vegetación llena de hierbas, arbustos y palmeras de gran tamaño. De haber estado sola, Rebeca jamás se habría introducido por esos parajes y menos a esa hora de la noche, pero de la mano de Gabriel se aventuró, andando primero entre las rocas para atravesar el rompeolas, hasta llegar a una playa desolada, cuyas olas llegaban con mayor agresividad pues no existía muelle de piedra que suavizara su recorrido.

Aquel lugar era frecuentado por turistas adeptos al surf y por personas que les gustaba el mar en soledad, ya que en esa parte no se encontraban puestos de venta de comida o alquiler de sombrillas y sillas para el descanso.

Esa noche ese sitio les pertenecía. Nadie se hallaba en los alrededores. Lo recorrieron sin prisa, permitiendo que Rebeca lo conociera mientras disfrutaba del fascinante panorama de un cielo saturado de estrellas.

—Me encanta este lugar. No sé cómo pude vivir lejos de aquí —exteriorizó con una sonrisa y se abrazó al brazo de él, sintiendo escalofríos por la fría brisa nocturna—. ¿Qué pasa entre Javier y tú? —se atrevió a preguntar para seguir aclarando sus dudas.

Gabriel suspiró hondo y con delicadeza la apartó para luego rodearla con su brazo e infundirle calor pegándola a su cuerpo.

—Es complicado de explicar.

—¿Por qué no comienzas ahora?

—Porque no quiero hacerlo.

El joven se detuvo para abrazarla por completo y le alzó la barbilla en busca de su mirada.

—Quiero aprovechar estos minutos de paz para amarte —susurró antes de besar con ternura sus labios.

Rebeca suspiró mientras él paladeaba su boca con su lengua. Lo saboreó con la misma urgencia, arrancando gemidos en el joven.

Gabriel la sentó sobre la arena mientras le quitaba la blusa por la cabeza. La brisa fría a ella le erizó toda la piel, pero él se la calentó acariciando y besando cada rincón, deleitándose con ese sabor a caña dulce que desprendía. La recostó y apartó el sujetador para liberar a sus senos erectos y tibios. Ella respiraba con efervescencia mientras él se comía aquellas copas erguidas con un hambre apremiante.

Las olas rompían cerca de ellos, armonizando con su melodía el canto de quejidos y jadeos que ambos emitían mientras se quitaban la ropa, y agasajaban el cuerpo que se les revelaba. Rodaron por la arena, en un debate de pasiones, al tiempo que sus sexos se unían consiguiendo en esa comunión la dicha plena.

Esa fricción de pieles y mezcla de calores, fragancias y fluidos los enloquecía, haciéndoles perder el sentido. Se volvieron uno con la naturaleza y con la magia que los cubría.

Gabriel tomó las manos de Rebeca y las colocó por sobre la cabeza de la joven. La penetró con mayor ímpetu sintiendo como se le iba el alma con cada embestida y hundió el rostro en el cuello de la chica para ahogar los rugidos de placer que el acto le ocasionaba. La ferocidad que su condición especial le otorgaba se diluía en el amor que ella le entregaba, quedando vacío, libre de ataduras, aunque solo fuera por unas horas.

La descarga de adrenalina y emociones venidas con el orgasmo moría dentro del cuerpo de su amada como lo hacía la espuma alrededor de ellos. La indómita selva observaba silente la pasión desbordada sobre su suelo y la noche ocultaba a todos sus fantasmas para que ninguno atormentara a los amantes, dejando salir a los cocuyos para que alumbraran con su luz tenue las lágrimas de felicidad que brotaban de los ojos de Rebeca.

Ningún misterio ni condena podía sepultar en esa arena la pasión que ellos sentían. Nada parecía ser más poderoso.

Entrelazados en aquella playa desolada, desfogaron todos sus deseos,

rompiendo las cadenas que los miedos y las inseguridades les imponían.

Capítulo 14. Cambio de actitud

Una extraña sensación alteró los nervios de Gabriel cuando estaban de regreso al malecón. Rebeca quedó petrificada al escuchar el leve gruñido que él produjo y percibir un brillo amarillento recorrer las pupilas del joven.

—¿Qué sucede? —preguntó con nerviosismo. Gabriel estuvo inmóvil unos segundos, con la mirada fija en el camino que dirigía a la casa de la chica.

—Alguien llegó a tu casa. Vamos —ordenó, y apretó su mano para apresurar el paso.

Ella pensó que Marian ya podía haber regresado de la reunión con los líderes. Si su madre la veía con él, le reclamaría durante toda una semana su desobediencia de no alejarse de ese joven.

—¿Irás conmigo? —consultó preocupada mientras él la llevaba casi arrastras por el malecón—. Mi madre se va a enfadar.

—Ya lo está.

Ella lo miró confundida. El rostro de Gabriel estaba tenso y tenía el ceño fruncido.

—¿Ya lo está? ¿Cómo lo sabes?

Era imposible mantener una conversación con él. Con largas zancadas cruzó la plaza empedrada, obligándola a acelerar el paso para seguir su ritmo. A medida que se acercaban, a Rebeca el pulso se le aceleraba.

Al llegar, la chica miró el lujoso Audi que estaba detenido frente a su vivienda. Gabriel abrió la reja del porche y entró delante de ella sin soltarle la mano.

—Abre —pidió cuando estuvieron junto a la puerta. Rebeca obedeció, sacó con dificultad las llaves del bolsillo de su sweater y quitó la cerradura.

Adentro se topó con el padre de Gabriel, que se hallaba con un hombre bajo y regordete vestido de saco y corbata. Su madre se encontraba frente a ellos, con el rostro enrojecido por la ira y los ojos brillantes. En sus manos apretaba una carpeta.

Ildemaro Veldetta, un sujeto alto, delgado y de rostro afilado, cuyos marcados rasgos italianos le conferían un aire de prepotencia y soberbia, los observó con amargo asombro.

Después de repasar a Rebeca con desaprobación se dirigió a Gabriel con voz autoritaria.

—¿Dónde estabas?

—¿Qué haces aquí? —rebató Gabriel, utilizando el mismo tono de voz que su padre.

Ildemaro se irguió y apretó el ceño. Volvió a mirar a Rebeca con reproche, pero Gabriel dio un paso y se ubicó más a su lado, desviando la mirada de su padre.

—Si no tienen nada más que decirme, les ruego que se marchen de mi casa —reclamó Marian.

El hombre que acompañaba a Ildemaro observó con desconcierto a los presentes. Sin saber qué hacer o decir.

—Me iré —respondió con altanería el padre de Gabriel y observó de nuevo a la mujer—. Espero quedes conforme con el informe y firmes de una vez por todas los documentos para darle curso a la negociación.

Marian no respondió, solo apretó la mandíbula y le dirigió una mirada llena de reclamos.

Ildemaro se olvidó enseguida de ella y se acercó a Gabriel, que aún se mantenía firme cerca de Rebeca.

—Nos vamos.

La chica pudo notar que Ildemaro introducía una de sus manos dentro del bolsillo de su fino pantalón y oprimía algo en el interior de la prenda.

Al mirar a Gabriel pudo notar que las facciones de este se relajaban como por arte de magia, pero no apartaba la mirada mortal de su padre.

Como un niño obediente la soltó, dio media vuelta y se marchó, sin despedirse de ella. La joven lo observó contrariada, aunque no se atrevió a decir nada.

Ildemaro pasó por su lado con soberbia, vigilaba los pasos de su hijo. Tras

él, el hombre que lo acompañaba salió casi a las carreras. La frente la tenía perlada de sudor.

Cuando los hombres cruzaron la reja del porche, Marian cerró la puerta de la casa y se dirigió a Rebeca con severidad.

—Hoy mismo nos marchamos de este infierno —expresó. Y lanzó la carpeta que le había dejado Ildemaro sobre el sofá para encaminarse hacia su habitación, a hacer las maletas.

Capítulo 15. El llamado

Rebeca sabía que lo dicho por su madre era una orden, no una sugerencia, pero en esa ocasión no podía obedecerla. La siguió para dejarle en claro su posición: no iba a alejarse de Gabriel.

—Mamá, yo no me iré —informó al entrar en el dormitorio. Marian ya había sacado parte de la ropa que tenía en el armario y la dejó sobre la cama mientras buscaba la maleta.

—Yo sabía que esto sucedería. No debimos volver a esta selva —alegó con temor.

—¿Qué sabías? —Marian no dejaba de moverse. Su rostro mostraba una gran preocupación—. Mamá, ¿puedes calmarte? Por favor, dime qué sucede.

—¡Ese hombre es el diablo! —exclamó angustiada—. Yo no quería que tú pasaras por lo mismo que yo pasé, por eso te alejé, pero el destino siempre anda torciendo las cosas.

Rebeca comenzaba a desesperarse. Se interpuso en el camino de su madre y la tomó con firmeza de los hombros para detenerla y exigir su atención.

—Háblame claro. No me iré de La Costa sin una explicación convincente.

Marian bajó los hombros en señal de derrota, las lágrimas se le agolparon en los ojos y le empañaron la visión.

—No puedes acercarte a Gabriel Veldetta, está maldito como todos en esta Sociedad y como lo estuvo tu padre —confesó entre sollozos contenidos—. Pero Gabriel, además de esa maldición eterna, está condenado. Ildemaro se ha encargado de marcar su vida.

Rebeca la observó con el ceño fruncido, no comprendía sus palabras, aunque imaginaba que tenían algo que ver con la profecía de la que Gabriel le había hablado.

—No te comprendo, mamá, pero no puedo irme. Me quedaré junto a Gabriel.

—¿Estás loca?!

—¡Claro que lo estoy y sé que tú entiendes mis razones!

Marian no pudo evitar que las lágrimas se le desbordaran. Se alejó con brusquedad de su hija y retomó su labor.

—Ildemaro no los dejará mantener ningún tipo de relación.

—Él no podrá separarnos.

—¿Y qué fue lo que hizo hace unos minutos?! —gritó Marian con desesperación. Rebeca se abrazó a su cuerpo y se esforzó por detener el llanto. Le dolía la actitud de su madre y las intrigas que la envolvían.

—Lo manipula de alguna manera —intentó justificar la actitud de Gabriel, recordaba como Ildemaro había presionado algo que tenía guardado en el bolsillo de su pantalón.

—Cómo lo hace con todos en la Sociedad —reclamó la mujer.

—Hay que detenerlo.

—¿Nosotras? —Marian interrumpió el trabajo que hacía para mirar a su hija fijamente con el rostro húmedo por el llanto—. Jamás podrás hacerte una idea del monstruo que habita en el alma de esta gente. Si con semejante fuerza no logran controlarlo, nosotras no seremos capaces de hacer nada.

Las duras palabras de su madre estremecieron a Rebeca de pies a cabeza. Abrió la boca para continuar la discusión, pero un fuerte rugido las sobresaltó a ambas.

—¿Qué fue eso?! —preguntó Rebeca alarmada y corrió hacia la puerta para salir a la calle.

—Hija, ¡espera! —vociferó Marian, pero la chica ya estaba afuera y oteaba las altas montañas cubiertas de selva que bordeaban a La Costa. Los escasos pobladores que se encontraban en la calle corrían asustados en busca de un refugio—. ¡Rebeca, entra a la casa, es peligroso!

Ella estaba sorda a los ruegos de su madre. La piel la tenía erizada. Aquel rugido no había sido el grito de advertencia de algún fiero animal, era un lamento, un dolor que se le impregnaba en los huesos y le desbocaba el corazón.

Corrió al interior de la casa y Marian fue tras ella, pero la mujer no logró ni

siquiera cruzar la puerta, porque Rebeca volvió a salir como un torbellino. Había tomado las llaves del auto de su madre y se marchaba hacia el interior de la selva.

Su madre trató de detenerla, sin éxito, sabiendo que nadie la contendría. Su hija acudía al llamado, el mismo al que ella había acudido años atrás, cuando llegó a esa selva y conoció a su esposo.

Rebeca seguía a su destino, y parecía aceptarlo.

Capítulo 16. Cara a cara

Manejaba a toda velocidad por un estrecho camino bordeado de vegetación. Los altos árboles de frondosas ramas no dejaban pasar la luz de la luna, haciendo maquiavélicas a las penumbras, pero ella estaba decidida a traspasarlas.

A un costado se hallaba la montaña, que se erguía imponente, y del otro, kilómetros de selva que seguramente finalizarían en la costa.

Rebeca no tenía seguridad de dónde estaba, ni qué hacía, solo seguía el camino que recorría a diario con Javier hasta la cosecha. Sabía que al pasar los terrenos llegaría a las residencias de los miembros la Sociedad. Allí, de alguna manera, encontraría la casa de Gabriel.

No obstante, tuvo que detener el auto de forma repentina haciendo patinar el vehículo sobre el asfalto varios metros, hasta detenerse a pocos centímetros de un hombre alto, que estaba inmóvil en medio de la vía, con el torso desnudo empapado de sudor y sangre y marcado con heridas de garras. La adrenalina casi logró que el corazón se le saliera por la boca.

Gracias a la luz de los faros descubrió que era Javier, quien la miraba con unos ojos amarillentos.

Lo observó pasmada por un tiempo indefinido, hasta que se decidió a abrir la puerta del auto y bajar con lentitud sin apartar la vista de él.

—¿Javier?

Él pestañeó varias veces y retrocedió un paso. Sus ojos poco a poco volvieron a tener la tonalidad habitual.

—¿Rebeca? ¿Qué demonios haces aquí?

Ella se acercó con inseguridad. No se atrevía a tocarlo. Su torso sangraba y su respiración se incrementaba a medida que parecía regresar a la realidad.

—Dios mío, ¿qué te sucedió?

—Tienes que marcharte —dictaminó él y con alarma evaluó los alrededores intentando captar algún movimiento.

—Estás herido, tengo que llevarte a un hospital...

—¡Rebeca, sube al auto! —gritó, pero un suave gruñido se escuchó a varios metros de distancia, detrás de Javier. Ambos dirigieron su atención al lugar donde provenía el sonido. Rebeca quedó pasmada por lo que vio.

La silueta de un inmenso animal, de cuerpo ancho y garras filosas, se dibujó entre las sombras mientras caminaba agazapado hacia ellos. Por instinto recordó al jaguar de sus pesadillas, pero no retrocedió.

—Entra al auto —pidió Javier en susurros, sin apartar la mirada colérica de la fiera.

Rebeca estaba petrificada. A medida que el animal se acercaba la luz de los faros mostraba su feroz imagen.

Con cada paso que daba se revelaba su anatomía colosal y semihumanizada, cubierta por un pelo corto y amarillo, salpicado de manchas ovaladas. Su rostro felino, de ojos amarillo verdoso, estaba apretado por la ira, y sus labios se estiraban por culpa de su gesto rabioso que la obligaba a mostrar sus colmillos mortales. Caminaba en dos patas, aunque encorvada.

El cabello largo hasta los hombros le permitió reconocerlo. Su corazón bombeó eufórico.

—Gabriel... —murmuró con tanta suavidad que solo ella pudo haber escuchado su propia voz. Sin embargo, el animal pareció captar sus palabras. Apartó por unos segundos la mirada colérica de Javier y la posó en ella. Sus facciones se relajaron y los ojos le brillaron con intensidad, pero un movimiento sutil de Javier lo hizo retomar de nuevo su pose de ataque.

—Rebeca, vuelve al auto —insistió.

—No —decidió ella con la voz entrecortada, sin dejar de admirar a la bestia.

—Vete, esto es entre él y yo.

Javier se alejó en dirección a la selva. Rebeca desvió la mirada hacia él y pudo notar que sus ojos se aclaraban hasta tomar la misma tonalidad que la del animal.

—Sígueme, imbécil. Vamos a terminar con este asunto —expresó en dirección a la bestia. El animal le respondió con un gruñido y lo siguió con

lentitud.

Rebeca los observó a ambos sin creerse lo que allí ocurría. Aquello superaba sus expectativas. Entró al auto y cerró la puerta con suavidad, para no alterar a ninguno de los presentes. Al estar a salvo, la fiera rugió con energía y Javier corrió hacia la selva emitiendo un alarido similar.

El animal saltó hacia la vegetación, tras él. El vehículo vibró por la fuerza de las pisadas. Ella los miró boquiabierta, con el alma anudada en la garganta.

Cuando el silencio volvió a reinar encontró la fuerza necesaria para encender el auto y continuar su camino. Las manos le temblaban, pero no sabía si era de miedo o dolor. A medida que avanzaba en su memoria retumbaban los rugidos de la fiera y la mirada melancólica que le dirigió al reconocerla.

Capítulo 17. Preocupaciones

No soportaba tanta incertidumbre. La espera nunca había sido una de sus mejores virtudes. Con la mirada fija en el sendero que comunicaba la casa del líder Pablo con la carretera que atravesaba la cosecha, Rebeca no hacía otra cosa que esperar. En algún momento tendría que aparecer alguien para dar razón de lo sucedido.

El líder, un hombre alto, de contextura delgada y con el cuerpo curvado y arrugado por los años, se paseaba por el porche atendiendo las incontables llamadas telefónicas que le hacían los miembros de la Sociedad. Desde la noche anterior el lugar se había transformado en un caos por el violento enfrentamiento producido por las bestias. Sin embargo, ellos estaban preparados para evadir cualquier situación que amenazara con descubrir su secreto.

Habían esquivado el acoso de los curiosos y de las autoridades de la región difundiendo noticias sobre el avistamiento de felinos salvajes en las montañas que circundaban la cosecha. En la antigüedad, en esa región solían vivir jaguares y tigres, pero al ser poblada, esos animales se fueron a lo más profundo de la montaña y en muy raras ocasiones se dejaban ver por la zona. Con esa excusa los líderes evitaron el merodeo de extraños en sus terrenos y podían ocuparse de lo verdaderamente importante: ayudar a los portadores de la bestia a controlar el problema que, desde hacía meses, los atormentaba.

—Tu madre insiste en que regreses a la casa —notificó Pablo a Rebeca mientras se sentaba junto a ella en un sillón de mimbre de tres puestos. Los primeros rayos del sol comenzaron a hacer desaparecer las sombras que la selva creaba.

—No me iré hasta saber algo de Gabriel.

El líder se pasó una mano por su cabello canoso, sabía cómo podían complicarse aquellos conflictos.

El corazón de Rebeca latió brioso al divisar un viejo Fiat que se acercaba con lentitud por la carretera. Al llegar al sendero, el vehículo giró en dirección a la casa del líder. Ella se levantó y se abrazó a su cuerpo. Buscaba

algo de qué sostenerse para no caer agobiada por la angustia.

Pablo también se levantó con lentitud y con la mirada fija en el auto. Cuando el vehículo se detuvo frente a la casa, un hombre de una contextura similar a la de él, pero de tez más trigueña y con una marcada cojera en la pierna derecha, se bajó para dirigirse hacia ellos. Una sonrisa se le dibujó en el rostro ancho de rasgos indígenas.

Pablo abandonó a Rebeca y bajó los escalones del pórtico recibéndolo con un abrazo.

—Baudilio, me alegra que hayas venido.

—La ocasión amerita mi presencia —respondió el sujeto, al tiempo que le dirigía a Rebeca un saludo con la cabeza—. Imagino que esta chica es la hija de Sebastián y Marian.

—Sí.

Los hombres se acercaron sin apuro. Rebeca pudo notar las similitudes físicas que ambos poseían. Ellos habían sido contemporáneos con su padre y en su época de mayor fortaleza debieron haber sido portadores del espíritu de la bestia.

En medio de un suspiro los líderes se sentaron en el sillón. Ella prefirió ubicarse en una banqueta acolchada frente a ellos para darles más espacio. Los observaba con curiosidad. Ansiosa por saber lo que sucedía.

—Tenemos que reunirnos todos, Pablo. Esta situación puede empeorar de un momento a otro como ocurrió hace dieciséis años —explicó Baudilio en referencia al resto de los líderes de la Sociedad.

—No tenemos ninguna certeza y no podemos generar más ansiedades...

—Los oráculos lo advirtieron —interrumpió—. Este es solo el comienzo.

Rebeca se estremeció al escuchar la mención de los misteriosos «oráculos» en la conversación. Recordó lo que Gabriel le había explicado.

—La infección que ha afectado a las plantas de cacao... —insistió Pablo.

—Lo que ocurre en la cosecha es una cortina de humo —lo detuvo de nuevo con firmeza—. Las señales están comenzando a mostrarse. No debemos ignorarlas de nuevo.

Rebeca podía notar cómo la preocupación se reflejaba en el rostro de ambos líderes.

—¿Qué podemos hacer? —consultó resignado Pablo.

—Intervenir. Tenemos que desempolvar los viejos libros de la Sociedad e indagar en nuestra historia para encontrar algo con lo que podamos ayudar a los guerreros. Las bestias son espíritus convocados por la magia, solo la magia las afecta, ya sea para bien o para mal. Tenemos que hallar la solución entre los registros que nos dejaron los ancestros.

La chica se estremeció, recordando que había descubierto en una ocasión a Gabriel acompañado por los santeros de la zona, quienes acostumbraban utilizar la magia para llevar a cabo sus ritos y celebraciones.

—Eso puede durar semanas y no tenemos seguridad de que encontraremos algo. Si los guerreros continúan como están, se nos irá esta situación de las manos.

Baudilio se envaró y le dirigió a Rebeca una mirada endurecida. Eso le aumentó el temor a la joven. Estaba ansiosa por comentarles lo que Gabriel le había confesado, pero enseguida recordó que le había prometido a él guardar silencio. No podía traicionarlo.

—Cualquier cosa que sepas, chiquilla, nos será de utilidad.

Rebeca se sobresaltó cuando el líder habló en dirección a ella.

—Baudilio, déjala —intervino Pablo—. Acaba de enterarse de la existencia de la bestia. Marian le había ocultado esa información. Tuvo un encuentro con Javier y Gabriel mientras ambos se enfrentaban entre ellos.

El líder se frotó la mandíbula poblada por una diminuta barba gris y sin perderla de vista. Rebeca desvió el rostro hacia la selva, temía que el hombre notara su nerviosismo y comenzara a interrogarla.

—Conozco muy bien a la bestia, la tuve conmigo por mucho tiempo —indicó llamando la atención de la joven—. Es un animal feroz que actúa por instinto. Es desconfiado e impulsivo. No comprendo cómo pudiste sobrevivir a un encuentro cercano con dos de ellas, quienes además, están siendo afectadas por una extraña fuerza. A menos que...

—Baudilio. —Pablo intervino para detener las elucubraciones del líder y

alejara a Rebeca del escrutinio, sabía cómo se ponía su amigo cuando se volvía insistente.

Irma, su esposa, una mujer baja, de cabellos cortos y blancos y sonrisa amable, salió de la casa cargando con dificultad un termo de café y varias tacitas de cerámica. Rebeca se levantó de su asiento para ayudarla, evitando así las preguntas del hombre.

La ocasión sirvió, incluso, para cambiar la conversación. Pablo sacó a colación la petición de la policía local de realizar rondas de vigilancia por la región, enfadando a Baudilio. Ellos debían encontrar los argumentos necesarios para que esa acción no se llevara a cabo, al menos, no en sus tierras. No querían tener a ningún inocente cerca en caso de que las bestias volvieran a enfrentarse entre ellas.

Rebeca observó la selva más inquieta que antes. Tenía que encontrar pronto a Gabriel. Podía darse cuenta de que el problema era mucho más grave de lo que ambos imaginaban.

Recordó a las bestias de ojos centellantes que miró en la carretera y la de ojos ensangrentados que la acompañaba en sus pesadillas desde hacía dieciséis años. Comprendía que en ese lugar estaban ocurriendo cosas sin sentido, que si no eran detenidas a tiempo, causarían más tragedias en esa región.

Capítulo 18. El descubrimiento

Corría con rapidez por la tupida selva. Los obstáculos no eran impedimentos para él. La agilidad que le concedía la bestia le permitía atravesar kilómetros de indómita vegetación en solo segundos.

Su cuerpo, marcado por cientos de heridas, comenzaba a sanar. Se regeneraba con sorprendente velocidad.

Agudizó los sentidos para buscar la fuente del olor que lo perturbaba. Era sangre y carne humana. La bestia enloquecía al sentirla. Sin embargo, no era común captar esa fragancia en ese sector de la montaña, que por sus escarpados riscos y profundas depresiones, no era apto para el senderismo u otro deporte extremo.

En una zona rocosa y junto a un gran peñasco, Gabriel halló un nicho formado con troncos y ramas. Tuvo que agacharse para entrar. La sangre se le congeló al ver lo que había dentro.

En medio de un triángulo de cal se encontraba una calavera hecha trizas y los restos estaban cubiertos por sangre y hollín. Trozos de órganos se hallaban dispersos por el lugar, junto a pedazos de velones, vasijas y otros objetos que no podía definir. Parecía que allí hubiera ocurrido una masacre y un fuego incontrolable.

Se acercó para tomar parte de la calavera y descubrir si era real o una vulgar imitación de plástico, pero notó que debajo de los restos se encontraba un atado del tamaño de un puño de bebé. Lo alzó tomándolo por un extremo de la cuerda que lo envolvía y lo agitó para sacudirle la tierra de encima. Lo puso a un lado y lo abrió revelando su contenido.

La visión lo hizo gruñir. La bestia se agitó furiosa en su interior, pero un movimiento fuera del nicho lo obligó a salir y alejarse del manojito de cabellos que había hallado. Una parte eran suyos, y los demás, de Javier.

Gabriel se puso en posición de ataque fuera de la cueva. Estudiaba los alrededores con el poder de la bestia a flor de piel. Cualquier movimiento extraño lograría que el animal se adueñara de su humanidad para acabar con el

peligro, pero él no podía dejarlo en libertad. El hombre estaba ansioso por comprender lo que sucedía, aunque la bestia reclamaba justicia.

—¿Dónde estás maldita bruja? Sé que estás cerca, puedo sentirte.

La brisa comenzó a concentrarse entre los matorrales, giraba alrededor de una sombra. Gabriel observaba el fenómeno con el ceño fruncido. Había visto demasiadas cosas en el su vida como para alarmarse con un simple truco de magia.

De forma imprevista se lanzó sobre la aparición, cayendo encima del cuerpo grueso y tosco de la negra María Tomasa. Enroscó sus garras en el cuello de la mujer y acercó su boca llena de filosos colmillos al rostro aterrado de la bruja. Estaba ansioso por darle muerte al ser la causante de la condena que lo agobiaba. Fue esa mujer quien lo había transformado en un ser maldito, el manojó de cabellos lo demostraba.

—¿Te gusta jugar con magia? —le preguntó con una voz gruesa, llena de amenazas.

—Joven... joven... no es lo que cree... me pagaron —expuso María Tomasa con nerviosismo. Sus pupilas estaban brotadas y su cuerpo sudoroso temblaba. Sabía que su poder no era superior al de la bestia. Si el animal salía, ella moriría.

—No me importan tus excusas. Pagarás caro tu atrevimiento.

—Si me mata... la joven Rebeca y su hijo morirán.

Gabriel quedó petrificado ante sus palabras, pero enseguida la furia comenzó a fluirle con mayor efervescencia nublándole la razón.

María Tomasa comenzó a desesperarse al sentir que las garras en su cuello se apretaban aún más y que el rostro del hombre se transformaba en un animal feroz, que de seguro, la descuartizaría viva. Solo le quedaba una opción.

—Ella está embarazada —insistió con voz ahogada—. Lo sé, lo he visto en las cartas. —Gabriel suavizó su agarre, mezclando en su mirada enfurecida el terror que le produjo aquella confesión—. Puedo ayudarlo a... detener la profecía —alegó con rapidez mientras hacía un gran esfuerzo por respirar. El proceso de transformación en Gabriel pareció detenerse, aunque la bestia no desapareció del todo—. Podemos... vencer... Los oráculos me lo habían

advertido desde hace dieciséis años, pero yo no les hice caso.

—¿Desde hace dieciséis años? —consultó iracundo.

—Sé lo que debemos hacer —aseguró la bruja ignorando la pregunta del hombre—. Cometí el mismo error dos veces, pero prometo no hacerlo de nuevo. Pude ver lo que en realidad está pasando y si no lo detenemos, no solo la vida se extinguirá en La Costa, la muerte se extenderá por todo el planeta.

Gabriel no pudo seguir indagando porque una extraña sensación se apoderó de él. El sonido de un rugido bajo y amenazante resonó en los alrededores. La bestia se enfureció al captar una fuerza similar a la suya rondando la montaña.

Aquel paraje únicamente podía albergar a un solo espíritu del inframundo. La presencia de otro era considerada un peligro.

Gabriel no pudo controlar a la bestia. Quería saber la información que la bruja le daría, pero el animal cumplía con su misión. Tenía que actuar para desterrar al invasor.

Perdió por completo la humanidad y se alejó de la aterrada bruja para sumergirse en la selva en busca de su rival.

Capítulo 19. Acercamiento

Rebeca cruzaba de nuevo los terrenos de la Sociedad, pero en esta ocasión, en dirección a la selva. El sol de la tarde abrazaba sin contemplaciones a la vegetación y calentaba la brisa impregnada de salitre.

Tenía que encontrar a Gabriel. Solo él podía aclararle las dudas. Su madre estaba empeñada en marcharse de la región y olvidarse para siempre de aquel lugar maldito, pero para ella era demasiado tarde. No podía separarse de esas tierras. Mucho menos, de él.

Dejó el auto estacionado a la orilla del camino y se sumergió a pie entre la vegetación. No quería seguir esperando por noticias en la casa del líder Pablo, por eso, se internaba en las profundidades de la montaña.

Baudilio, harto de los ruegos de la chica, le confesó en qué zonas los guerreros solían quedarse para serenar a su bestia, regenerar las heridas y calmar su propia ira.

El hombre sabía que nada la detendría. Aquel llamado superaba la voluntad de los amantes.

Rebeca anduvo por caminos desconocidos dejándose llevar por las sensaciones que la dominaban cada vez que deseaba estar con Gabriel y la selva parecía dirigirla a su lado. Sentía una presión agobiante en el pecho, que se aplacaba a medida que avanzaba.

Después de algunos minutos de caminata lo halló parado en el borde de un acantilado, vestido únicamente con unos vaqueros sucios y roídos. Tenía la mirada perdida en el horizonte, donde se unía el cielo con el mar. La cálida brisa le hacía volar los cabellos castaños.

La espalda y los brazos los tenía traspasados por marcas de garras rojizas que sanaban con lentitud.

Ella sabía que él la había sentido llegar, su bestia le concedía una mayor agudeza en los sentidos. Baudilio había tenido la delicadeza de explicarle muchas cosas que su madre le ocultó por años.

Caminó con sutileza hacia él para no inquietarlo, y al llegar, se abrazó a su

cintura, apoyando una mejilla en su espalda.

Se quedaron así por varios minutos, en silencio. Ella escuchaba su acompasada respiración y él le acariciaba los brazos sin desviar su atención del horizonte.

—¿Estás bien? —preguntó la chica con timidez.

—Sí. —Esa fue la única respuesta que recibió.

Rebeca se abrazó a él con más fuerza, teniendo el corazón apretado en un puño.

—Los líderes dicen...

El movimiento de Gabriel la interrumpió. Se giró hacia ella y se quedó por un rato mirando sus ojos hinchados por el llanto. Su rostro se endureció, pero ella podía notar la tristeza que reflejaban sus pupilas.

—Los líderes no tienen idea de lo que está escondido en la selva —arguyó.

—¿De qué estás hablando?

—Ya las cartas están echadas, lo único que falta es que se cumpla la profecía.

Los ojos de Rebeca se llenaron de lágrimas. Gabriel le acarició el rostro con ternura. Su bestia se revolvía en su interior, afligida por el dolor que la embargaba a ella.

—Pero ahora sé cómo detenerla —reveló él. La joven lo observó esperanzada—. No te apartarán de mi lado.

Gabriel bajó el rostro y se apoderó de la boca de la chica con un beso exigente y desesperado.

Ella se abrazó con fuerza a él y se dejó cubrir por sus brazos. El miedo y la desesperación les estallaron a ambos en el pecho para mezclarse con el poderoso deseo que los embriagó.

Él la alzó con delicadeza para acostarla sobre la alfombra de hierba que cubría la tierra. Se ubicó a su lado y veneró cada rincón de su cuerpo con besos y caricias. La hizo suya, con la selva como testigo. Le entregó cada gramo de su existencia, al tiempo que se hacía dueño de la vida de su amada.

Ahora más que nunca estaba dispuesto a luchar hasta las últimas

consecuencias contra cualquier demonio que quisiera interponerse en su camino.

Su lamento solo sería sosegado con justicia.

¿Te gustó?

Te invito a dejarme en los comentarios tu opinión sobre la obra y espera su continuación programada para Abril de 2018.

SOBRE EL AUTOR

Johana Connor es el seudónimo utilizado por **Jonaira Campagnuolo** para publicar novelas de fantasía romántica y romance paranormal. La autora nació una tarde de febrero en la ciudad venezolana de Maracay, donde aún vive con su esposo y sus dos hijos. Es amante de los animales, la naturaleza y la literatura. Desde temprana edad escribe cuentos que solo ha compartido con familiares y amigos. En la actualidad se dedica a trabajar como freelance, a administrar su blog de literatura <http://desdemicaldero.blogspot.com> y a escribir a tiempo completo.

Conoce otras obras de romance escritas por la autora y publicadas en Amazon:
<http://www.amazon.com/Jonaira-Campagnuolo/e/B00BFT92OK>